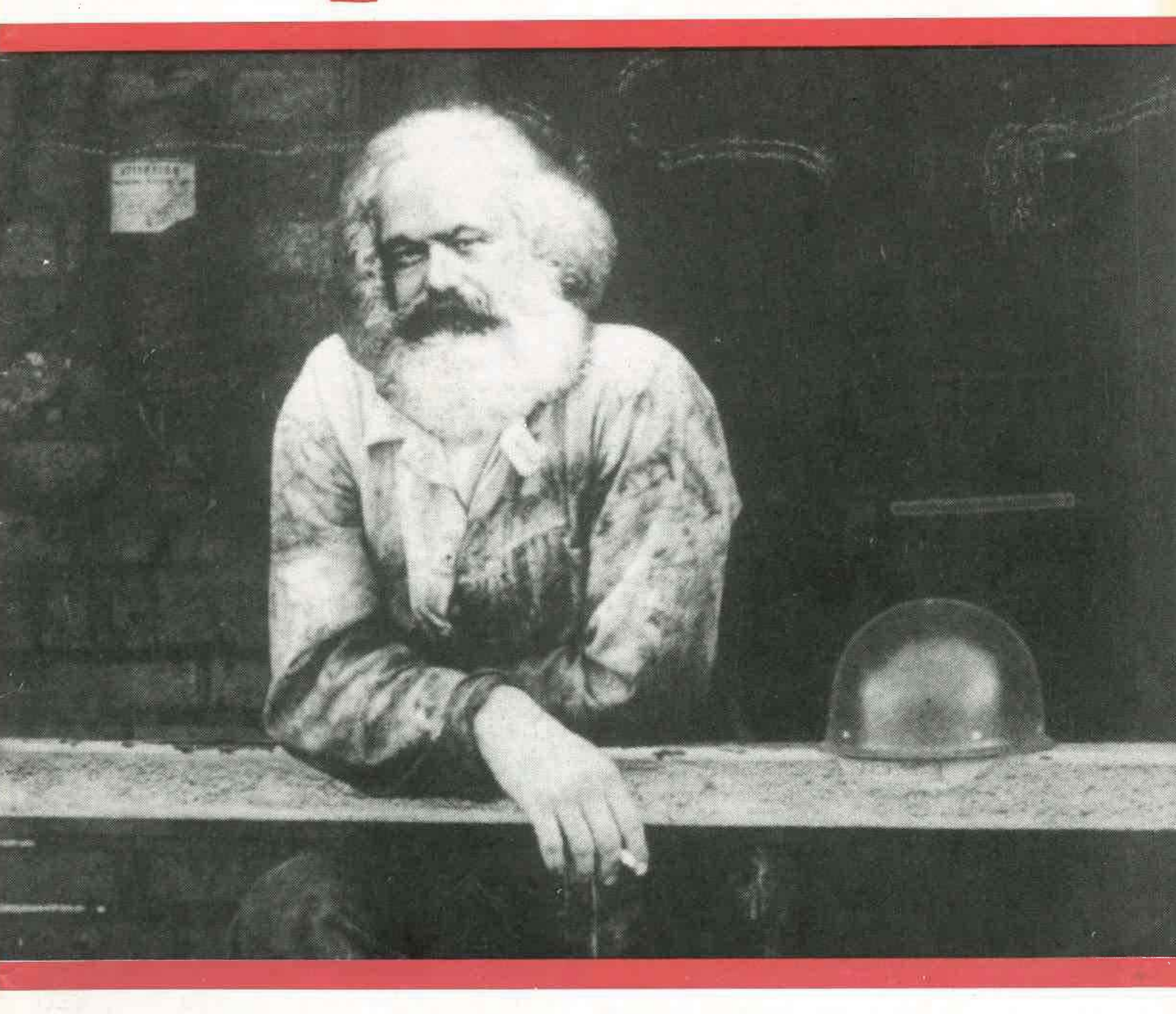
Revista política bimestral.
N° 50. Octubre 1986. 250 pesetas

inprecor



TEORIA. Marx y el porvenir del trabajo humano. *E. MANDEL*

ITALIA. El PCI, un partido del sistema. *L. MAITAN*

EUROPA. Las antinomias de la socialdemocracia. *P. ANDERSON*

HISTORIA. Sobre Eremburg. *JUAN ANDRADE*

inprecor

revista política bimestral de la Liga Comunista Revolucionaria.

Director: Miguel Romero. **Maqueta:** Encarna Albarrán. **Fotocomposición:** Esperanza Valiente. **Imprenta:** Gráficas Canigó. **D.L.** 40029/79.

Boletín de suscripción

- anual (6 números): Estado español, 1.500 ptas. Europa: 27 dólares. Resto del mundo: 35 dólares.
- *cheque o transferencia bancaria a:* LCR. cuenta corriente nº 01-504000-2 del Banco de Vizcaya. Agencia urbana Glorieta de Bilbao. MADRID.
- *envíos contrareembolso:* enviar una carta a **Editorial Leviatán. Apartado de correos 50.370 (Cibeles). 28080-MADRID,** con los datos del boletín que viene a continuación:

Nombre . . . .

Dirección . . . .

Código Postal . . . **Ciudad (provincia)** . . . .

País . . . .

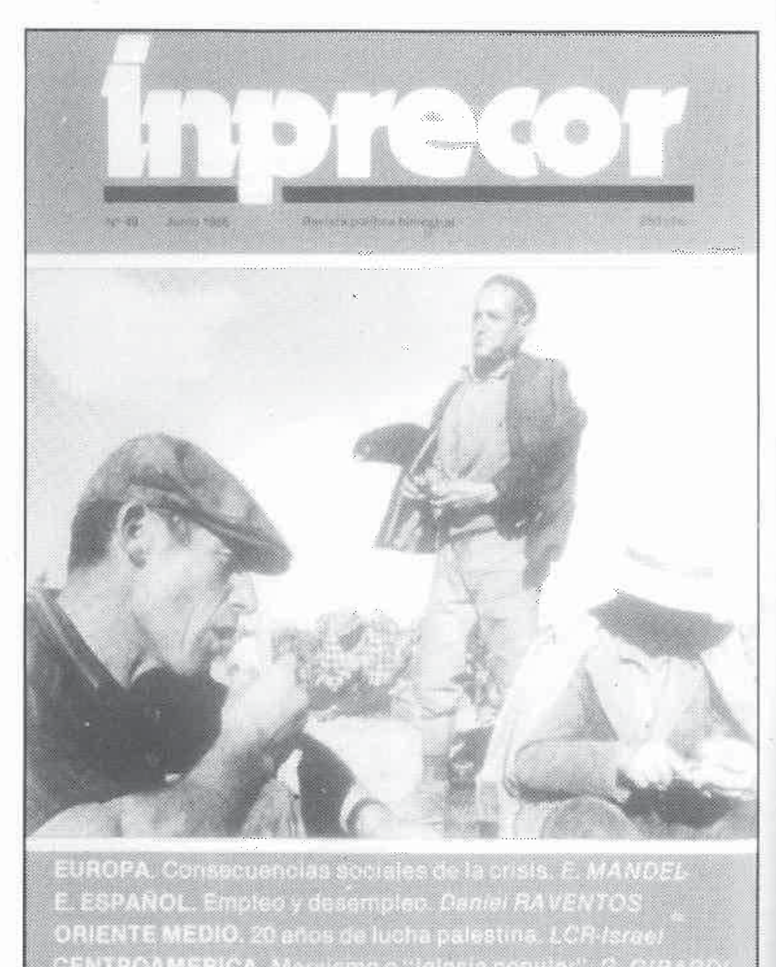
Renovación ☐ **Suscripción** ☐

INPRECOR

revista quincenal en francés publicada bajo la responsabilidad del Secretariado Unificado de la IV Internacional.

- **suscripción anual** (25 números): 250 FF. Envío por avión: 280 FF.
- **transferencia bancaria a:** PEC. BNP agencia Robespierre. 153, rue de Paris. 93108 Montreuil. Francia. Cuenta 230179/80.

sumario





Este es el número 50 de INPRECOR y aunque no somos aficionados a las efemérides de este tipo, bueno será recordarlo. 50 números en unos 8 años muestra una continuidad muy aceptable y bastante insólita en una revista de estas características. Con la ayuda de lectores(as) y suscriptores(as) esperamos seguir y mejorar.

Ernest Mandel dedica una atención muy especial desde hace muchos años a buscar respuestas marxistas a los nuevos problemas planteados por la depresión de larga duración de la economía capitalista y, en particular sobre cómo afecta a la composición y al concepto mismo de clase obrera. En noviembre de 1983, en el nº 34 de INPRECOR publicamos "El potencial revolucionario de la clase obrera en el marxismo" que puede considerarse como un primer borrador del artículo que publicamos ahora. En él Mandel polemiza con las distintas variantes "teóricas" del "adiós al proletariado" y, más allá, se enfrenta a los problemas de las salidas burguesas a la crisis, en particular la llamada "sociedad dual". Un desarrollo de las posiciones marxistas clásicas sobre el avance tecnológico, una fundamentación teórica y programática de la lucha por la reducción de la jornada laboral,..., son temas tratados también en este importante artículo.

El PCI es el partido de referencia para la mayoría de los PCs de Occidente. Su XXVII Congreso ha culminado un proceso de socialdemocratización que hemos analizado en otras ocasiones. El artículo de Livio Maitan analiza ampliamente todo el período de preparación del Congreso y su propio desarrollo, con los principales debates y las muy modestas diferenciaciones que han tenido lugar en él. Este artículo constituye una aportación de mucha utilidad para comprender el estado actual y las perspectivas de la crisis de esta corriente.

En el nº 21 de "Quatrième Internationale" se publico una resolución adoptada por el Secretariado Unificado en el pasado mes de junio sobre la situación de la OLP. La publicamos cumpliendo el compromiso que establecimos en el número anterior de dedicar una atención más sistemática a la situación en Oriente Medio.

Una conferencia de Perry Anderson en la Universidad Autónoma de Madrid durante la campaña del referéndum contra la OTAN permitió escuchar a algunos centenares de asistentes una brillante interpretación de conjunto de la trayectoria de la socialdemocracia (que Perry Anderson compara con una "parábola" en sentido geométrico). Pese a los problemas que plantea siempre reproducir en forma escrita una conferencia, que el autor pronunció además en un idioma que no es el suyo, nos ha parecido más que justificado darla a conocer a los lectores de Inprecor.

En fin, la publicación del libro de nuestro querido Juan Andrade "Notas sobre la guerra civil" (Ediciones Libertarias) nos ha dado ocasión de recordarlo una vez más, reproduciendo uno de sus artículos de especial actualidad por la publicación en Editorial Planeta del último tomo de la autobiografía de Elias Eremburg (según la grafía castellanizada que utiliza Andrade y que hemos respetado), al que se refiere Juan en su artículo. □



inprecor

correspondencia de prensa internacional / intercontinental press

IRAN

¡ABAJO el SHA!

en 1979 La economía capitalista internacional

CHINA

La hora de la desmaoización

La reinserción de china en el mercado mundial

- E. Mandel: ¿Recesión en EE.UU. solamente o recesión internacional generalizada?
- C.A. Udry: los paises subdesarrollados
- J. Albarracín y P. Montes: Tras un año de austeridad pactada

Portada del nº 1 de INPRECOR de enero de 1979.

MARX Y EL PORVENIR DEL TRABAJO HUMANO

Ernest Mandel

Este artículo se publicó por primera vez en el nº 20 de la revista "Quatrieme Internationale" correspondiente al mes de junio de 1986. La traducción de las citas reproduce siempre que nos ha sido posible la de los libros más accesibles existentes en castellano.

I

Desde hace algunos años, la tesis según la cual la emancipación humana no puede basarse ya en el "proletariado", la clase de los trabajadores asalariados, es defendida cada vez más con argumentos económicos. Algunos afirman que el trabajo asalariado está perdiendo rápidamente su posición de principal sector de la población activa a causa de la automatización, de la robotización, del paro masivo, del crecimiento de los pequeños negocios independientes, etc. (Gorz, Dahrendorf, Daniel Bell, Hobsbawn(1)). Otros dicen que no hay futuro para la humanidad y por lo tanto tampoco para la emancipación humana, mientras la tecnología industrial "clásica", y por consiguiente el trabajo asalariado "clásico", sean mantenidos a su nivel actual; tal situación conduciría a la destrucción completa del equilibrio ecológico (Ilitch, Bahro, Gorz(2)).

La crisis actual no es considerada una crisis típica de sobreproducción y de sobreacumulación, sino una crisis de civilización, aunque algunos de estos autores aceptan aún que pueda haber un ciclo industrial normal en el marco de la "nueva" crisis. Algunos la contemplan también como un cambio fundamental de estructura de la economía capitalista internacional, con una modificación fundamental a largo plazo del peso, de la cohesión y de la dinámica de la clase obrera, como una "crisis del sistema industrial".

¿Pueden verificarse empíricamente estas hipótesis? Si no es este el caso, ¿cuál es el sentido y cuáles son las consecuencias potenciales a largo plazo del crecimiento del paro estructural que, en sí, es un fenómeno innegable? Si están en lo cierto, ¿cuál es la explicación de este supuesto declive de la clase obrera como fenómeno objetivo?. ¿Cuáles son las consecuencias económicas potenciales?.

II

Empíricamente, la tendencia *fundamental,* estadísticamente verificable es la de un crecimiento de la clase obrera a escala mundial y en todos los continentes, y no la de un declive absoluto o relativo. Si se examinan las estadísticas de la OIT, es algo que salta a la vista. Cuando hablamos de tendencia *fundamental,* no hablamos de variaciones de tres o cuatro meses, sino de medias de cinco o diez años. Incluso a partir del comienzo de la depresión económica actual, desde 1968 ó 1973, el crecimiento de la clase obrera continúa siendo la tendencia predominante.

La verificación de esta tendencia implica una serie de precisiones conceptuales:

a) No hay que reducir la clase obrera al "trabajo manual en las grandes empresas" (ver la precisión de Marx sobre el "trabajador colectivo" en «*El Capital*», Vol. I y la sección VI no publicada).

b) Hay que definir a los proletarios en el sentido clásico como todos los que están en la obligación económica de vender su fuerza de trabajo (definición de Plejanov y Lenín), excluyendo de esta forma únicamente a los ejecu-

NOTAS:

(1). Ver entre otros André Gortz "Adiós al proletariado", *1979. Daniel Belle* "La sociedad postindustrial" *1973. Rudolf Dahrendorf,* "Geht uns die Arbeit aus?" *1983; Eric Hobsbawn,* "Labor's Forward March halted" *Londres 1980.*

(2). Joseph Huber "Die verlorene Unschuld der Oekologie" *1982; Ivan Illitch* "Le travail fantome" *1980; Club de Roma* "Limites del crecimiento"; *Rudolf Bahro,* "From Red to Green", *Londres, Verso Books, 1981.*

(3). OCDE "Robots industriales" *1983.*

(4). Evidentemente, esto no implica que en ramas precisas de la industria (como por ejemplo en las minas de carbón), no haya un declive absoluto del empleo mundial, o en otros (como el textil, la industria del calzado, la construcción naval, el acero) un declive pronunciado del empleo en algunas regiones (USA, Europa occidental) y un crecimiento en otras (Asia).

(5). Ver el excelente estudio de Wilfried Wolf, "Volkswagen's Robots" *en* "Was Tun?" *diciembre de 1983.*

tivos y altos funcionarios que tienen rentas elevadas o que les permiten acumular un capital suficiente para vivir de los intereses de ese capital y que son pues, asalariados por elección y no por obligación.

c) No hay que reducir el proletariado a únicamente los obreros productivos, sino incluir en él a todos los asalariados improductivos que responden a la condición b), como por otra parte a todos los parados que no se transforman en pequeños empresarios (ver Marx «*El Capital*» Vol.I; Rosa Luxemburg «*Einfuhrung in die Nationalokonomie*» y el concepto de "ejército de reserva" industrial).

d) Hay que dar una definición objetiva y no subjetiva de la clase obrera, (clase en sí), es decir, reconocer que su existencia no depende de un determinado nivel de conciencia de clase. Esto implica entre otras cosas, que los asalariados agrícolas (por ejemplo en la India) y en lo que se denomina sector servicios, son proletarios en la misma medida que los trabajadores de las minas y de la industria.

Desde el momento en que se aplican estos criterios, las estadísticas confirman claramente que asistimos aún a un crecimiento y no a un declive del proletariado mundial. El número total de los asalariados no agrícolas en el mundo hoy se sitúa entre 700 y 800 millones, cifra jamás alcanzada en el pasado. Contando los asalariados agrícolas, alcanzamos la cifra de mil millones. Esta tendencia aparece también en los siguientes datos:

EVOLUCION ANUAL DE LOS EMPLEOS ASALARIADOS NO MILITARES (MEDIA ANUAL 1973-1980)

Alemania del Oeste	-0,2%	Francia	+0,2%
Australia	+1,1%	Italia	+1,1%
Austria	+0,3%	Japón	+0,8%
Bélgica	0,0%	Noruega	+2,5%
Dinamarca	+0,8%	Portugal	+2,5%
EEUU	+2,2%	Reino Unido	0,1%

(OIT, "*Le Travail dans le monde*". Geneve 1984).

«*Según las estimaciones de la Banca mundial, el empleo en la industria (y sin duda también en el sector manufacturero) progresó alrededor de un 4,8% de 1960 a 1980 en los países en vías de desarrollo con débiles rentas, y a un ritmo ligeramente inferior, un 4,1% en los países de renta media (entre los países en vías de desarrollo)» (ibid).*

Queda aún el problema del descenso relativo de la clase obrera empleada en las grandes empresas capitalistas, es decir la cuestión de una desconcentración relativa del trabajo acompañada de una concentración y una centralización acrecentadas del capital. Tal ha sido la tendencia marginal desde el comienzo de la crisis actual en los países imperialistas, pero no en los países semiindustrializados a escala global, en los que la concentración del trabajo continúa progresando. Además hay que determinar si se trata, en las metrópolis imperialistas, de un fenómeno coyuntural, ligado al declive relativo de lo que se llama las viejas ramas industriales antes de que aparezcan en gran escala empresas gigantes en las "nuevas" ramas, o si se trata de una tendencia fundamental a largo plazo. Debemos esperar a los años noventa antes de poder sacar conclusiones definitivas sobre este tema.

III

El impacto a corto y medio plazo de la automatización y de la robotización a gran escala sobre el empleo total (el número de trabajadores empleados) ha sido prácticamente nulo hasta el comienzo de los años setenta (teniendo en cuenta las modificaciones del reparto del empleo entre las diferentes ramas que son evidentemente muy reales). Sigue siendo modesto hoy, y lo será en el futuro previsible. Estudios recientes de la OCDE prevén que desde ahora a los años noventa, la robotización suprimirá entre el 4 y el 8% de todos los empleos que existen hoy en los países occidentales (entre 2 y 5% de todos los empleos asalariados a escala mundial) (3). La OCDE no indica cuántos nuevos empleos se crearán en las ramas industriales que producen robots y máquinas automáticas. Las predicciones en este terreno varían considerablemente entre "optimistas" y "pesimistas". Pero incluso si se toman las previsiones de los más pesimistas, que creen que el número de empleos nuevos creados en estas nuevas industrias será muy reducido, la reducción total del empleo será inferior al 5 o incluso al 4%. Así pues, los asalariados seguirán constituyendo la mayoría aplastante de la población activa hasta el fin del siglo (entre el 80 y 90% de esta población en los países occidentales, en Japón, en Europa del Este y en la URSS). No hay pues base empírica para hablar de un "declive del proletariado" en el sentido objetivo del término.(4)

Esto no quiere decir que pueda subestimarse el alcance de un paro masivo a largo plazo. Este tiene fundamentalmente dos causas en los países capitalistas: la baja de las tasas de crecimiento durante la onda larga depresiva, tasa de crecimiento que cae por debajo de la tasa media de crecimiento de la productividad del trabajo (tercera revolución tecnológica); la imposibilidad para el sistema de absorber en estas mismas circunstancias en el mercado de empleo el crecimiento demográfico, suponiendo que el resto de los datos permanecen iguales.

Por citar de nuevo el estudio de la OIT que ya hemos mencionado ("Le travail dans le monde"): «*Estudios estrictamente sectoriales sobre el impacto de los robots en materia de empleo dan pronósticos pesimistas, aunque variables. En la preparación del VIII plan francés (1981-1985) se ha estimado que los robots harían perder unos 30.000 empleos; pero esta cifra representa menos del 1% de la mano de obra industrial francesa en 1980. Las previsiones para la RFA son más sombrías. Presumiendo que la utilización de los robots será del 60% del potencial total en 1990 (2% sólo en 1980), se perderían 200.000 empleos, es decir, el 6% del empleo industrial... Esta estimación es sin duda demasiado elevada en la medida en que supone un ritmo rápido de difusión. El problema en tales estudios sectoriales es precisamente su alcance, como ya hemos señalado. Limitadas a un sector, no tienen en cuenta efectos de arrastre que no son necesariamente negativos sobre el conjunto de la economía*».(5)

Además, debemos tomar en consideración los efectos precisos de la robotización de las ramas específicas de la industria que han jugado un papel clave en la organización y la fuerza de la clase obrera y del movimiento obrero, como la industria automóvil en los EEUU y en Europa occidental. Ahí las perspectivas son amenazadoras y deben ser comprendidas antes de que sea demasiado tarde (como desgraciadamente ocurrió en la siderurgia y la construcción naval an-

teriormente). Las consecuencias de un crecimiento a largo plazo de un paro estructural —que se prevé que alcance pronto la cifra de 40 millones— son una fragmentación y una división potencial creciente de la clase obrera y el peligro de una desmoralización ya visible en algunos sectores de la juventud proletaria (los jóvenes negros y los jóvenes de lengua hispana en los EEUU por ejemplo y en ciertas regiones de Gran Bretaña)(6) que no han trabajado nunca desde que abandonaron la escuela y que corren el riesgo de no encontrar empleo en los próximos años.

Socialistas japoneses(7) han intentado estudiar los efectos de las nuevas tecnologías sobre todo en la industria del automóvil. Insisten sobre los aspectos cualitativos de estas modificaciones (descualificación, aumento de los accidentes de trabajo, emergencia de nuevas capas de trabajadores y de nuevas cualificaciones, etc.). Concluyen en una reducción del número de los obreros manuales de alrededor del 10% en la fábrica de automóviles más fuertemente robotizada del Japón, la fábrica Myrayama de Nissan, entre septiembre de 1974 y enero de 1982, sin embargo acompañada de un ligero aumento del personal empleado. Incluso los sindicatos más ligados a las empresas comienzan a inquietarse por estas perspectivas, cuando el "empleo vitalicio" continúa siendo la regla en el Japón (ver "*Japan Economic Journal*", 21-2-84).

IV

La única respuesta seria al crecimiento del paro estructural masivo durante la larga depresión actual es *una reducción radical a escala internacional* de la semana de trabajo, sin reducción de salario: la introducción inmediata de las *35 horas, incluso de las 32 horas semanales.* Esto significa el reparto del trabajo existente entre el conjunto del proletariado sin pérdida de salario (un paro del 12% puede suprimirse mediante la reducción semanal del trabajo de cada obrero del 12% y una contratación suplementaria obligatoria). Y esto implicaría la reunificación de sectores obreros fragmentados por el paro y el miedo al paro. *Este debe ser el objetivo estratégico central a corto plazo del movimiento obrero internacional en su conjunto,* a fin de impedir una modificación seria de las relaciones de fuerza entre el capital y el trabajo, a expensas de éste. La perspectiva a medio plazo debe ser la de una duración semanal del trabajo de 30 horas, si no menos.

Todas las consideraciones sobre la "competitividad nacional" y la "rentabilidad de la empresa" deben ser rechazadas ante esta prioridad social imperativa. Puede fácilmente probarse



NOTAS:

(6). Este fenómeno se manifiesta entre otros por el auge del consumo de drogas en los USA, la violencia de los jóvenes de los suburbios en Gran Bretaña, ect.

(7). Saga Ichiro. El desarrollo de la nueva tecnología en Japón. *Boletín del Centro Socialista de investigación. Universidad de Hose, Tokio 1983.*

(8). En su panfleto Salario precio y ganancia, Marx declara igualmente: «Al esforzarse por reducir la jornada de trabajo a su antigua duración razonable, o, allí donde no pueden arrancar una fijación legal de la jornada normal de trabajo, por contrarrestar el trabajo excesivo mediante una subida de salarios —subida que no basta con que esté en proporción con el tiempo adicional que se les estruja, sino que debe estar en una proporción mayor—, los obreros no hacen más que cumplir con un deber para consigo mismos y para con su raza. Se limitan a refrenar las usurpaciones tiránicas del capital. El tiempo es el espacio en que se desarrolla el hombre. El hombre que no dispone de ningún tiempo libre, cuya vida, prescindiendo de las interrupciones puramente físicas del sueño, las comidas, etc., está toda ella absorbida por su trabajo para el capitalista, es menos todavía que una bestia de carga. Físicamente destrozado y espiritualmente embrutecido, es una simple máquina para producir riqueza ajena». (Márx-Engels. Obras elegidas *en 3 volúmenes. Ed. Progreso Moscú. T.II pág. 69).*

que, desde un punto de vista global e internacional —no desde el de una empresa tomada aisladamente—, ésta es también la solución económica más racional. Pero la "racionalidad" del capital se basa precisamente en la "racionalidad" de las empresas consideradas aisladamente, es decir en una racionalidad *"parcial"* que conduce a una irracionalidad global cada vez más pronunciada.

El propio Marx se expresó claramente sobre estos dos asuntos: los efectos beneficiosos de una reducción radical de la duración semanal del trabajo sin reducción de los salarios, y la necesidad de una solidaridad internacional de los trabajadores sustituyendo a toda solidaridad "nacional" (o regional, o local, o sectorial o incluso de rama) entre obreros y capitalistas.

A propósito del primer tema, encontramos los comentarios siguientes en los *"Manuscritos de 1861-1863"*, desconocidos hasta hace poco y que constituyen un texto bisagra entre los *"Grundrisse"* y *"El Capital"*:

«*Así, se crea también tiempo libre para los trabajadores, y la intensidad de un trabajo determinado no suprime la posibilidad de una actividad en otra dirección* (de otro contenido) *que puede por el contrario aparecer como un descanso* (recuperación de las fuerzas) *y tener este efecto. De ahí las consecuencias excepcionalmente ventajosas que este proceso* (la reducción de la jornada normal de trabajo) *ejerce —considerado desde un punto de vista estadístico— sobre la mejora física, moral e intelectual de la clase obrera*».(8)

A propósito del segundo problema, basta recordar el párrafo siguiente del "Llamamiento inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores", redactado por Marx:

«*La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarles a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados*». *(Obras escogidas.* Marx y Engels. Ed, Progreso Moscú. T.II pág. 79).

En uno de sus informes trimestrales sobre la actividad del Consejo General de la AIT, Marx escribió: «*E incluso la organización nacional fracasa fácilmente como consecuencia de la ausencia de organización más allá de las fronteras, puesto que todos los países se hacen la competencia en el mercado mundial y se influencian pues mutuamente. Sólo una unión internacional de la clase obrera puede asegurarle definitivamente la victoria*». (Marx-Engeles-Werke. T.16 p.322). De forma aún más categórica Marx



afirma, en sus "Instrucciones a los delegados del Consejo General al congreso de Ginebra de 1867 de la AIT":

«*La condición preliminar, sin la que todas las tentativas de mejorar la situación de los obreros y de su emancipación están condenadas al fracaso, es la limitación de la jornada de trabajo*». *(Obras escogidas* en 2 vol. de Marx y Engels. Ed. Sociales Moscú pág. 79).

V

La lucha entre, por una parte, las fuerzas que presionan hacia un paro estructural masivo a largo plazo y, por otra parte, las que van en el sentido de una nueva reducción radical de la duración del trabajo, está íntimamente ligada a las dos fuerzas motrices fundamentales de la sociedad burguesa: -la tendencia necesaria del capital a aumentar la producción de la plusvalía relativa, es decir el desarrollo de las fuerzas productivas "objetivas" (objetivizadas, materializadas), las máquinas, los sistemas mecánicos, los sistemas semiautomatizados, la automatización en gran escala, los robots; -la presión en sentido contrario que resulta de la lucha de clases entre el capital y el trabajo asalariado. Uno de los principales éxitos analíticos de Marx consistió precisamente en mostrar la *interrelación dialéctica* (y no mecanicista, del tipo Malthus-Ricardo-Lassalle) *entre las dos tendencias contradictorias.*

El aumento de la mecanización tiene efectos *contradictorios* sobre el trabajo. Reduce la cualificación, suprime empleos, pesa sobre los salarios por el aumento del ejército de reserva. Estos efectos pueden ser compensados parcialmente por el aumento de la acumulación de capital ("crecimiento económico"), la emigración internacional del trabajo, etc. Pero simultáneamente, la extensión de la mecanización tiende a *aumentar la intensidad del esfuerzo en el trabajo* (a la vez físico y psíquico, o al menos uno de los dos), y ejerce pues una presión objetiva hacia la reducción de la jornada de trabajo. Este segundo aspecto de las cosas ha sido olvidado a menudo por los militantes obreros, incluso los socialistas y marxistas, pese a que está desarrollado con fuerza en Marx:

«*En un punto determinado* (el trabajo) *debe perder en intensidad lo que gana en extensión. Pero la misma relación se establece igualmente en el sentido inverso. Reemplazar la cantidad por el grado no es un asunto especulativo. Cuando el hecho se manifiesta, hay un medio muy experimental de demostrar esta relación: cuando, por ejemplo, aparece como físicamente imposible para el obrero proporcionar durante 12 horas la misma masa de trabajo que efectúa ahora durante diez o diez horas y media. Aquí, la reducción necesaria de la jornada normal o total de trabajo resulta de una mayor condensación del trabajo, que incluye una mayor intensidad, una mayor tensión nerviosa, pero al mismo tiempo un mayor esfuerzo físico. Con el aumento de los dos factores —velocidad y amplitud (masa) de las máquinas— se llega necesariamente a una encrucijada, en la que la intensidad y la extensión del trabajo ya no pueden crecer sumultáneamente, en la que el aumento de una excluye necesariamente el de la otra*». (Manuscritos de 1861-63. Marx Engels Gesamtausgabe MEGA II, 3,6, p.1906).

Pero el capital no concederá esta reducción de la jornada de trabajo, que es física y económicamente indispensable, espontáneamente y de buena gana. Sólo lo concederá como consecuencia de una lucha encarnizada entre el capital y el trabajo:

«*No es sino la ausencia de medida, sin vergüenza ni escrúpulos del capital, que se esfuerza por sobrepasar demencialmente los límites naturales de la duración del trabajo, mientras que se acepta tácitamente que el trabajo se convierta en más intenso y más tenso con el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que obliga incluso a la sociedad fundada en la producción capitalista a limitar mediante la coacción la jornada normal de trabajo a fronteras fijas (naturalmente, es la rebelión de la clase obrera la fuerza motriz principal de esta limitación)*». (MEGA II 3,6, p. 1909).

Esta rebelión no puede conseguir un

triunfo (temporal) más que en condiciones de relaciones de fuerzas relativamente favorables. *Estas son creadas por la extensión del empleo y las modificaciones de la organización del trabajo* en la fase que precede a la larga depresión y al desencadenamiento del paro.

Y precisamente, al final de los años setenta y en los años ochenta, el proletariado internacional (sobre todo en Europa del Oeste) ha entrado en una confrontación creciente con el capital sobre la problemática "o bien austeridad, o bien reducción de la duración del trabajo sin reducción del salario directo y de las prestaciones sociales", con una fuerza numérica, organizativa y militante considerablemente aumentada, acumulada durante los años cincuenta, sesenta y el comienzo de los años setenta, es decir durante el período del "boom" económico de larga duración de la posguerra. *Por esta razón la resistencia de la clase obrera contra la austeridad va a aumentar, extenderse, volverse periódicamente explosiva y va a tender a generalizarse nacional e internacionalmente.* Por esta misma razón la clase capitalista no lo tendrá fácil para poner en práctica su propia "solución" histórica a la depresión actual.

Precisamente porque la fuerza orgánica de la clase obrera (de los trabajadores asalariados) es tan amplia al comienzo y en la primera fase de esta depresión, la salida de esta intensa ofensiva de clase del capital contra el trabajo no está, en modo alguno decidida. La posibilidad de que el proletariado sufra una derrota aplastante del tipo de la de Alemania en 1933, España 1939 o Francia en 1940 en alguno de los grandes países capitalistas claves es restringida, al menos en un futuro próximo. Esto no significa que una solución socialista proletaria a la crisis esté clara o sea ya perceptible en el horizonte. El principal obstáculo a esta crisis es subjetivo y no objetivo: el nivel de conciencia de la clase obrera y la capacidad de su dirección son todavía absolutamente inadecuados. Pero esto implica también que al menos la posibilidad objetiva de una solución obrera a la crisis de la humanidad sigue existiendo, y por un largo período. El resto depende del propio movimiento obrero, de su conciencia de la gravedad y de los riesgos implicados por la crisis (la simple supervivencia física de la humanidad está ahora en cuestión), de la imposibilidad de resolverla en el marco de la economía de mercado generalizada, es decir del capitalismo, de la necesidad de desarrollar un programa de acción anticapitalista que tenga como punto de partida las preocupaciones y las necesidades realmente existentes de los trabajadores realmente existentes con toda su variedad, de la necesidad de concentrar esta fuerza considerable en un ariete para arremeter entre la fortaleza del capital, de la necesidad de organizarla para el derrocamiento del capitalismo.

VI

Aceptemos por un instante la hipótesis de que todo lo que acabamos de decir será desmentido por la experiencia en los próximos decenios, y que por consiguiente, —a la vez por razones económicas (robotización) y políticas (toma de conciencia ecológica de la "sociedad") que se supone que "subestimamos"— la clase obrera decrecerá de forma considerable entre hoy y el fin del siglo XX, que el proletariado ha comenzado ya a declinar como fuerza objetiva (a la vez en número y en su cohesión interna) y que por la misma razón, su capacidad objetiva de transformar la sociedad en un sentido socialista declinará también, más o menos regularmente. En este caso, no basta con decir "adiós al proletariado". Debe decirse también "adiós al socialismo", a todo proyecto realista, fundamentado de forma materialista, de emancipación humana y "adiós a la economía de mercado" y al propio capitalismo.

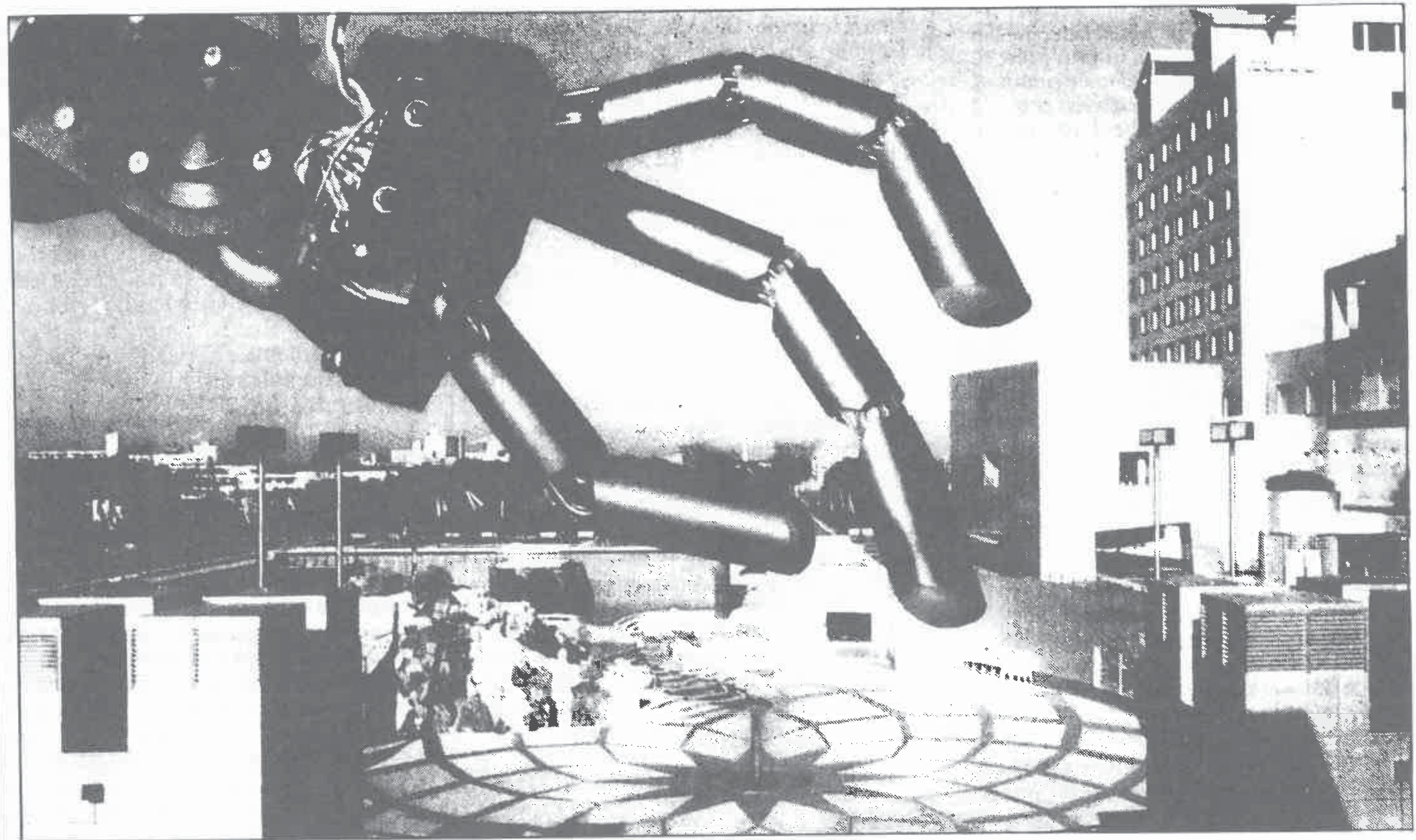
Una de las tesis fundamentales de Marx, contra la cual ninguna demostración puede oponerse sobre la base de los últimos cien años de experiencias, es que únicamente la clase obrera adquiere por su lugar en la producción capitalista y en la sociedad burguesa las "cualidades positivas", es decir la capacidad de una (auto)-organización masiva, de solidaridad y de cooperación en gran escala, que son las *precondiciones* de una solución socialista a la crisis de la humanidad. Estas cualidades no crean *automáticamente* el papel emancipador revolucionario del proletariado, pero establecen su potencial social. Ninguna otra clase o capa social tiene potencialidad similar, ni los campesinos del tercer mundo, ni los intelectuales revolucionarios, ni evidentemente los tecnócratas, los funcionarios o las capas pauperizadas y marginalizadas, semiproletarias o subproletarias. Ciertamente, otras clases o capas sociales tienen un enorme potencial revolucionario anticapitalista (antiimperialista) "negativo", por ejemplo el campesinado pobre de los países subdesarrollados. Pero la historia sigue probando que no tienen el potencial "positivo" para la organización socialista consciente.

Por otra parte, si una substitución masiva del trabajo "vivo" por trabajo "muerto" (los robots) conduce a un declive masivo absoluto de la clase

(9). E. Mandel "El capitalismo tardío". Ed. Era.

(10). Un grupo de obreros y sindicalistas en Francia, que escriben bajo el seudónimo de Adret publicó un libro en 1977 bajo el título "Trabajar dos horas al día" *que tuvo demasiado poco eco. Muestra la posibilidad material de una reducción radical de la jornada de trabajo incluso antes de la aparición de la robotización.*

(11). Ver sobre este aspecto las conclusiones muy mesuradas de una conferencia sobre la robótica: P. H. Wilson y K. Prendergast (ed). The A.I. Bussines, The Commercial uses of Artificial Intelligence, *MIT Press Cambridge Mass, Londres 1984.*



obrera, no es solo el porvenir del proletariado y del socialismo el que está amenazado: la simple supervivencia de la economía capitalista de mercado se vuelve cada vez más imposible. Este dilema se resume aunque sea de forma simplificada por el siguiente diálogo, ya clásico, entre el patrón y el sindicalista: "-¿Qué será de la fuerza de vuestro sindicato cuando todos los obreros sean reemplazados por robots?; -En este caso, ¿qué será de vuestras ganancias, que son realizadas por la venta de vuestros productos?. Desgraciadamente para vosotros, los robots no compran absolutamente nada".

Marx preveía este desarrollo hace más de ciento veinte años en sus Grundrisse (lo que dicho sea de paso, confirma lo que hemos escrito a menudo, que lejos de ser un "economista del siglo XIX", era un visionario que percibía tendencias que iban a afirmarse sólo en el siglo XX). Marx escribe: «*En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo empleado, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción. (El desarrollo de esta ciencia, esencialmente de la ciencia natural y con ella de todas las demás, está a su vez en relación con el desarrollo de la producción material) (...) El trabajo ya no aparece tanto como recluido en el proceso de producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo*». (*Grundrisse...* Ed. Siglo XXI T.II p.227).

«*El robo de tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como una base miserable comparado con este fundamento, recién desarrollado, creado por la gran industria misma. Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por tanto el valor de cambio (deja de ser la medida) del valor de uso. El plustrabajo de la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no-trabajo de unos pocos ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor del cambio*». (*Grundrisse*. Ed. Siglo XXI. T.II p.229).

De forma evidente este desarrollo no puede ser acabado bajo el capitalismo, precisamente porque bajo el capitalismo, el crecimiento económico, las inversiones, el desarrollo del maquinismo, (incluyendo el de los robots) permanecen subordinados a la acumulación del capital, es decir, a la producción y realización de la plusvalía, a la búsqueda de los beneficios de las empresas consideradas individualmente. Habíamos señalado ya en nuestro libro *"El capitalismo tardío"*(9) que bajo el capitalismo, la automatización completa, la introducción de robots a gran escala son imposibles pues implicarían la desaparición de la economía de mercado, del dinero, del capital y de las ganancias. En una economía socializada, la robótica sería un maravilloso instrumento de emancipación humana. Haría posible la semana de 10 horas(10) de trabajo. Daría a los hombres y a las mujeres todo el tiempo necesario para la autogestión de la economía y de la sociedad, el desarrollo de una individualidad social rica para todos y todas. Permitiría la desaparición de la división social del trabajo entre administradores y administrados, la extinción del Estado, de toda coerción o violencia entre los seres humanos.

La variante más probable bajo el capitalismo, es precisamente la larga duración de la depresión actual, con el desarrollo únicamente de una automatización parcial y de una robotización marginal(11), acompañadas las dos por una sobrecapacidad de sobreproducción a gran escala (una sobreproducción de mercancías), un paro a gran escala, una presión a gran escala para extraer cada vez más plusvalía

de un número de días de trabajo y de obreros productivos que tiende a estancarse y a declinar ligaramente. Esto equivaldría a un aumento de la presión para la explotación de la clase obrera (haciendo bajar los salarios reales y las prestaciones de la Seguridad Social), debilitando o destruyendo el movimiento obrero organizado y socavando las libertades democráticas y los derechos humanos.

VII

En los *Grundrisse,* Marx no sólo percibe la tendencia fundamental de la tecnología capitalista a ir hacia la expulsión progresiva del trabajo humano del proceso de producción. Subraya también la contradicción fundamental que produce esta tendencia bajo el *capitalismo:*

— Sobreproducción masiva o, lo que viene a ser lo mismo, subempleo masivo de la capacidad productiva. Durante la última recesión, de 1980-1982, más del 35% de la capacidad productiva de los USA estaba inutilizada. Si deducimos de ella además la producción de armamentos —inútil desde el punto de vista de la producción— se llega al alucinante resultado de que más del 50% de la capacidad productiva americana no era aprovechada para fines productivos(12).

— Paro masivo.

Marx opone el *potencial* emancipador de la automatización y de la robótica, su capacidad de aumentar masivamente el tempo libre para el ser humano, que es tiempo *para esta minoría,* y por consiguiente, la reproducción a una escala cada vez más amplia de la división de la sociedad entre quienes la administran y acumulan los conocimientos y quienes producen sin acceso a los conocimientos, o con accesos más limitados. En una sociedad sin clases, la apropiación y el control del sobreproducto social por los productores asociados significaría por el contrario una reducción radical del tiempo de trabajo (del trabajo necesario) *para todos,* y, con ello, la desaparición de la división social del trabajo entre los administradores y los productores, entre los y las que tienen acceso a todos los conocimientos y los y las que están cortados de la mayor parte del saber. En un pasaje impresionante de los *Grundrisse* ligado a los que ya hemos citado, Marx escribe: «*La creación de mucho disposable time(a) —aparte el tiempo de trabajo necesario—, para la sociedad en general y para cada miembro de la misma (esto es, margen para el desarrollo de todas las fuerzas productivas del individuo y por ende también de la sociedad), esta creación de tiempo de no-trabajo, se presenta desde el punto de vista del capital, al igual que en todos los estadios precedentes, como tiempo de no-trabajo o tiempo libre para algunos... Su tendencia, empero, es siempre por un lado la de crear disposable time, por otro la de to convert it into surplus labour(b). Si logra lo primero demasiado bien, experimenta una sobreproducción y entonces se interrumpirá el trabajo necesario, porque el capital no puede valorizar surplus*

ROBOTS POR CADA 1.000 ASALARIADOS EN LAS EMPRESAS INDUSTRIALES EN 1981

País	1978	1980	1981
Suecia	13,2	18,7	29,9
Japón	4,2	8,3	13,0
Alemania del Oeste	0,9	2,3	4,6
USA	2,1	3,1	4,0
Francia	0,2	1,1	1,9
Gran Bretaña	0,2	0,6	1,2

Fuente: *L'Observateur de l'OCDE* **nº 123 julio 1983.**

para el desarrollo de toda la personalidad humana, a su tendencia opresiva *en el capitalismo*. Sintetiza así toda la diferencia fundamental entre una sociedad de clases y una sociedad sin clases.

En una sociedad de clases, la apropiación del sobreproducto social por una minoría significa *la posibilidad de extender el tiempo libre únicamente* *labour(c) alguno. Cuanto más se desarrolla esta contradicción, tanto más evidente se hace que el crecimiento de las fuerzas productivas ya no puede estar ligado a la apropiación de surplus labour ajeno, sino que la masa obrera misma debe apropiarse de su plustrabajo. Una vez que lo haga —y con ello el disposable time cesará de tener una existencia antitética—, por*

(12). Lo que muchos abogados de la capacidad del capitalismo para regular la crisis actual olvidan, es que cada etapa de la mecanización, y por supuesto cada etapa hacia la automatización, está acompañada de un aumento masivo de la masa de mercancías producidas que deben ser vendidas, antes de que el capital realice y se apropie de la plusvalía producida. Ver Grundrisse *op cit p. 325; MEGA II 3,6, op. cit., p. 2164.*

una parte el tiempo de trabajo necesario encontrará su medida en las necesidades del individuo social y por otra el desarrollo de la fuerza productiva social será tan rápido que, aunque ahora la producción se calcula en función de la riqueza común, crecerá el disposable time de todos. Ya que la riqueza real es la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos».

(Grundrisse T.II p.231-232 Ed. Siglo XXI). *[Nota del traductor: (a). Disposable time: tiempo libre disponible. (b). To convert it into surplus labour: convertirlo en plustrabajo. (c). Surplus labour: plustrabajo].*

Y en el mismo sentido: «*La economía efectiva —ahorro— consiste en el ahorro de tiempo de trabajo; (minimizar —y reducción al mínimo— de los costos de producción); pero este ahorro se identifica con el desarrollo de la fuerza productiva. En modo alguno, pues, abstinencia del disfrute, sino desarrollo de power(a), de capacidades para la producción, y, por ende, tanto de las capacidades como de los medios de disfrute. La capacidad de disfrute es una condición para éste, por tanto primer medio del disfrute, y esta capacidad equivale a desarrollo de una aptitud individual, fuerza productiva. El ahorro de tiempo de trabajo corre parejo con el aumento del tiempo libre, o sea tiempo para el desarrollo pleno del individuo, desenvolvimiento que a su vez reactúa como máxima fuerza productiva sobre la fuerza productiva del trabajo. El tiempo libre —que tanto es tiempo para el ocio como tiempo para actividades superiores— ha transformado a su poseedor, naturalmente, en otro sujeto, el cual entra entonces también, en cuanto ese otro sujeto, en el proceso inmediato de la producción. (Grundrisse* T.II p. 236. Ed. S.XXI). *[Nota del traductor: (a). Poder, facultades. (b). Siendo (este) capital fijo el hombre mismo. (c). Fin último].*

Igualmente subraya Marx como, *bajo el capitalismo*, la ciencia, es decir los resultados de lo que él llama "el trabajo social en general", los conocimientos generales de la sociedad, son sistemáticamente divorciados del trabajo, como —¡sorprendente anticipación de la "robótica"!— la ciencia bajo el capitalismo está *opuesta* al trabajo: «*La ciencia en tanto que producto mental general del desarrollo social aparece aquí como directamente incorporada al capital (y por ello su aplicación en tanto que ciencia, separada de los conocimientos y de las aptitudes de los obreros individuales no surge más que de la forma social del trabajo), igual que lo son las fuerzas naturales del propio trabajo social. El desarrollo general de la sociedad, precisamente porque está explotada por el capital contra el trabajo, aparece asimismo como el desarrollo del capital, tanto más cuanto que está acompañada por una reducción del contenido de la capacidad del trabajo, al menos para la gran masa de los trabajadores*» (MEGA II, 3,6, p. 2164).



VIII

¿Cómo intenta el capitalismo superar esta nueva contradicción creciente entre la reducción de la cantidad absoluta de trabajo humano necesaria para la misma producción de una masa creciente de mercancías y las posibilidades de realización de la plusvalía contenida en esta masa de mercancías?. Su solución es la de una sociedad dual que dividiría al proletariado actual en dos grupos antagónicos: los que continúan participando en el proceso de la producción de la plusvalía, es decir en el proceso de producción capitalista (con una tendencia a la reducción de los salarios); y los que están excluídos de este proceso y que sobreviven por medios que no son la venta de su fuerza de trabajo a los capitalistas o al Estado burgués: asistencia social, aumento de las actividades "independientes", campesinos parcelarios o artesanos, vuelta al trabajo doméstico, comunidades "lúdicas", etc, y que compran mercancías capitalistas, pero no las producen. Una forma transitoria de marginalización en relación al proceso de producción "normal" se encuentra en el trabajo "precario", el trabajo "a tiempo parcial", el trabajo negro, que afectando particularmente a las mujeres, los jóvenes trabajadores, los inmigrados, etc...

¿Cuál es la *lógica capitalista* de esta sociedad dual?. Es un gigantesco retroceso histórico en una cuestión clave: *los salarios indirectos* (socializados).

Mediante una larga lucha histórica, la clase obrera de Europa occidental, Australia y Canadá (y en menor medida de los USA y del Japón) había arrancado al capital este *cimiento fundamental de la solidaridad de clase*, es decir, que los salarios no deben únicamente cubrir los costes de reproducción de la fuerza de trabajo de quienes están *efectivamente empleados*, sino los costes de reproducción del proletariado *en su totalidad*, por lo menos a escala nacional, es decir, también el mantenimiento de los parados, de los enfermos, de las personas de edad avanzada, de los trabajadores y trabajadoras inválidos y de sus hijos, a un mínimo vital superior al "límite de la pobreza" oficialmente reconocido. Esta es la significación histórica de las cotizaciones a la Seguridad Social, que forman parte del salario, que constituyen su parte socializada, o al menos la parte del salario que "transita" por las manos de las instituciones de la Seguridad Social. A través de la presión en favor de la *sociedad dual*, del trabajo a tiempo parcial, del trabajo en precario, del trabajo negro, el capital quiere en adelante reducir los salarios a los salarios directos únicamente, que inevitablemente declinarán a continuación en función del crecimiento masivo del ejército de reserva. Este es el caso para la masa de quienes trabajan en trabajos negro o en precario, que generalmente ya no se benefician de las ventajas de la Seguridad Social. Esto representa una reducción brutal de los salarios, del orden del 30%, si no más, al menos en Europa capitalista.

En otros términos, la *sociedad dual* no es otra cosa que uno de los mecanismos claves para aumentar brutalmente la tasa de plusvalía, la tasa de explotación de la clase obrera y la masa y la tasa de ganancia. Cualquier excusa, por muy "sofisticada" que sea para sostener *este objetivo del capital* (ya sea "tercermundista", ecológica, la utopía de una "realización inmediata del comunismo", el deseo de "romper con los modelos de consumo

capitalista" etc.) es, en el mejor de los casos, una capitulación mistificada ante la ideología burguesa y los objetivos de la clase capitalista. En el peor de los casos, es una complicidad con la ofensiva antiobrera del capital. Hacerse el abogado de la extensión del trabajo no pagado, incluso por "objetivos socialmente útiles" cuando hay un número creciente de parados, no es construir "células de comunismo" en el seno del capitalismo. Es ayudar a los capitalistas a dividir a la clase obrera a través de un nuevo aumento del paro, ayudarles a acrecentar sus ganancias.

Pero es más que eso. Es poner nuevos y formidables obstáculos en el camino de la realización del *potencial realmente emancipador* de las nuevas tecnologías y de la "robótica", en la medida en que la sociedad dual tiende a perpetuar de forma elitista la división de la sociedad entre los que reciben el tiempo necesario y las potencialidades para apropiarse de todos los frutos de la ciencia y de la civilización —que no puede hacerse más que sobre la base de la satisfacción plena y entera de las necesidades materiales fundamentales— y quienes están condenados (incluso quienes se condenan a sí mismos, por la elección del ascetismo) a pasar cada vez más tiempo como "animales de carga" por citar una vez más la elocuente fórmula de Marx.

El dilema real, que resume la alternativa histórica fundamental a la que la humanidad debe hacer frente hoy, es el siguiente: *o una reducción radical del tiempo de trabajo para todos y para todas* —para empezar, la media jornada de trabajo o la media semana de trabajo— o la perpetuación de la división de la sociedad entre los que producen y los que gestionan, entre quienes trabajan y quienes saben. La reducción radical del tiempo de trabajo *para todos y todas*, que era la grandiosa visión emancipadora de Marx, es indispensable a la vez para la apropiación de los conocimientos y de la ciencia por parte de todos, y la realización de la autogestión por todos (es decir un régimen de los productores asociados). Sin tal reducción, los dos son una utopía. No se pueden adquirir los conocimientos científicos, administrar su empresa, su barrio o su "Estado" (su colectividad) con un trabajo embrutecedor durante ocho horas por día, cinco o seis dias a la semana. Afirmar lo contrario, es mentirse a sí mismo y mentir a los demás.

El potencial emancipador de la robótica, es el de hacer el socialismo, el comunismo, más fáciles, haciendo posibles una semana de trabajo de veinte, quince o diez horas *para todos y todas*. Pero cualquier evolución en la dirección de la *sociedad dual*(13), incluso con las mejores intenciones del mundo, va en la dirección diametralmente opuesta a la de la emancipación.

Dejamos de lado la cuestión de saber si el "trabajo" reducido a veinte o quince horas por semana es aún el "trabajo" en el sentido clásico del término(14). Dejamos igualmente de lado el problema de saber hasta qué punto el desarrollo pleno y entero del individuo social, por citar de nuevo a Marx, es un desarrollo en el que las actividades "productivas" continúan separadas de las actividades culturales, creativas, científicas, artísticas, deportivas, puramente recreativas, o por decirlo de otra forma, si se realiza el famoso derecho a la pereza de Lafargue. La felicidad humana no depende por cierto de una actividad permanente que exija un gran esfuerzo, incluso si un mínimo de actividad y de movilidad físicas y mentales parecen ser una precondición absoluta para un desarrollo sano y armonioso, incluso para el cerebro.

Pero independientemente de cualquier consideración de esta naturaleza —el futuro del trabajo en el sentido "secular" del término—, una de las conclusiones está clara. *Lo que llegue a ser el trabajo humano y la humanidad no está predeterminado mecánicamente por la tecnología y la ciencia,* sus tendencias presentes y los peligros evidentes que comportan. Está determinado en última instancia por el marco social en el que se desarrollan. Y aquí es absolutamente fundamental la diferencia entre un desarrollo en el marco del capitalismo, de la competencia, de la economía de mercado, de la sed insaciable de enriquecimiento privado de una parte, y de otra, un desarrollo en el marco del socialismo, es decir de la propiedad colectiva y de la solidaridad colectiva por el poder de los productores asociados, por el dominio de todos los productores de sus propias condiciones de trabajo, resultante de una reducción radical del tiempo de trabajo.

Los patronos y el Estado burgués pueden apoyarse parcialmente para su objetivo estratégico de introducir una sociedad dual en la actitud evidentemente contradictoria de los trabajadores hacia el trabajo en las empresas modernas en general(15). Es cierto que los trabajadores, están obligados bajo el capitalismo, a defender el pleno empleo a fin de recibir un salario vital (directo e indirecto). La "alternativa", bajo el capitalismo, es una reducción drástica de su nivel de vida, es decir, el empobrecimiento, la degradación material, intelectual y moral.

Pero de la misma forma, los trabajadores son claramente conscientes del carácter degradante de la organi-

(13). Aristóteles llama la atención sobre el hecho de que los que practican la política y la ciencia, es decir los que "administran, acumulan" en el sentido marxista del término, sólo pueden hacerlo porque otros les proporcionan la subsistencia.

(14). En su "Etica a Nicomaco", *Aristóteles ya había establecido una relación entre trabajo y el tiempo libre que se acerca por otra parte al análisis de Marx en los* Grundrisse *y en* El Capital. *Deberíamos recordar la etimología de la palabra francesa "loisir" (ocio, tiempo libre) que deriva de la palabra latina "licere", ser libre para actuar como a uno le parece.*

(15). Ver D. Linhart "Crisis del trabajo", *"Temps Modernes" enero de 1984.*

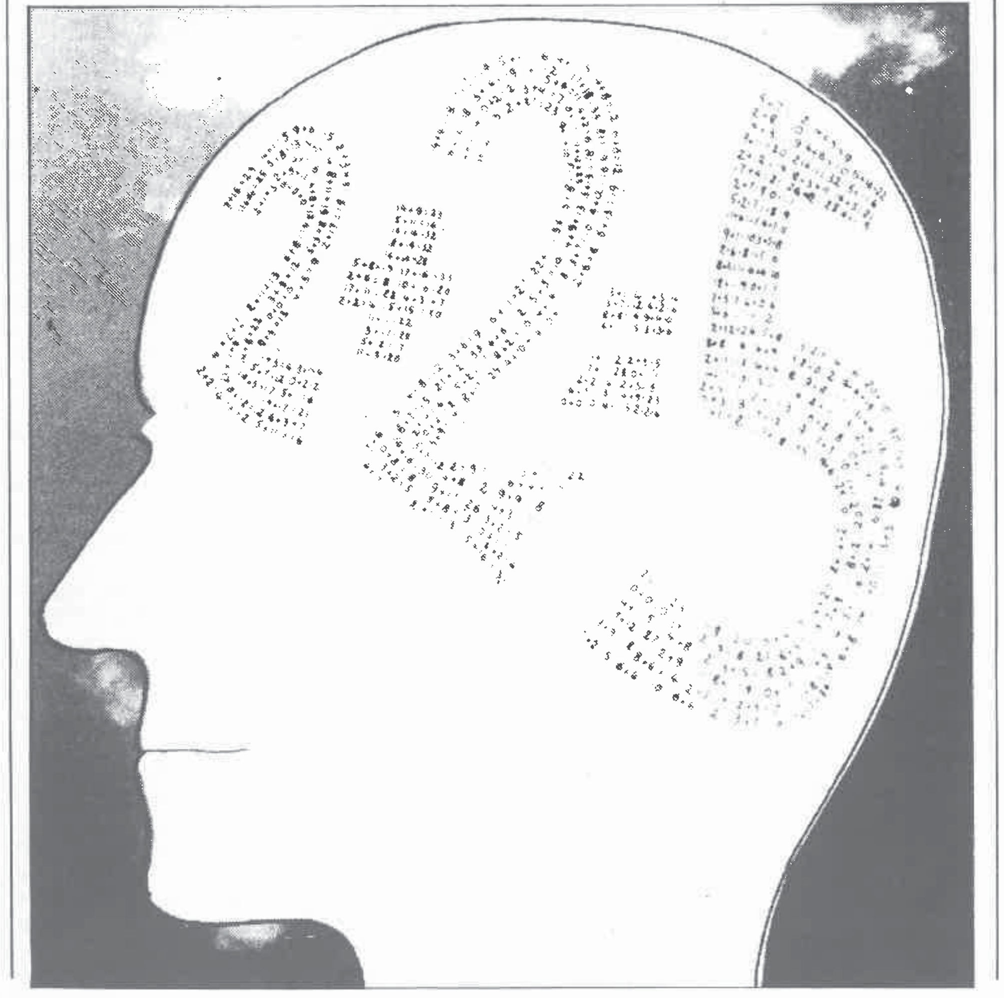
(16). Ver entre otros, Barry Commoner, The Closing Circle, *Londres 1972.*

zación capitalista del trabajo y del esfuerzo productivista capitalista, sobre todo en las condiciones de extrema parcelación del trabajo (taylorismo). Precisamente, cuando su nivel de vida se eleva, como en el período 1950-70, las reivindicaciones "cualitativas" de control obrero sobre los ritmos y el contenido del trabajo (más tiempo libre, más salud, más cultura) toman una nueva dimensión. Esto se ha convertido en una evidencia patente a través y después de la explosión de Mayo del 68. Esta conciencia existe aún, y los patronos y el Estado burgués intentan conscientemente apoyarse en ella para hacer que la *sociedad dual* aparezca como otra cosa de lo que realmente es: una tentativa para que la clase obrera pague ella misma la factura de la crisis y para aumentar brutalmente la masa y la tasa de ganancia.

En la misma onda que las lamentaciones demagógicas según las cuales los trabajadores (¿por qué no los patronos y el Estado?) deberían compartir sus rentas con los parados, y el mito según el cual "los salarios demasiado elevados y las prestaciones sociales excesivas" serían los verdaderos responsables de la crisis, todo el discurso sobre "abandonemos el trabajo que no tiene sentido", es hoy únicamente un arma ideológica de los capitalistas en su lucha de clases contra la clase obrera para reducir la parte de los trabajadores en la renta nacional y para "racionalizar" el aumento del paro. ¿Si se está tan convencido del carácter "nocivo" o "inútil" del trabajo asalariado, por qué no plantear la reducción en un 35 o 50% de las horas de trabajo *para todos y todas* mejor que justificar la expulsión del trabajo de algunos y algunas?.

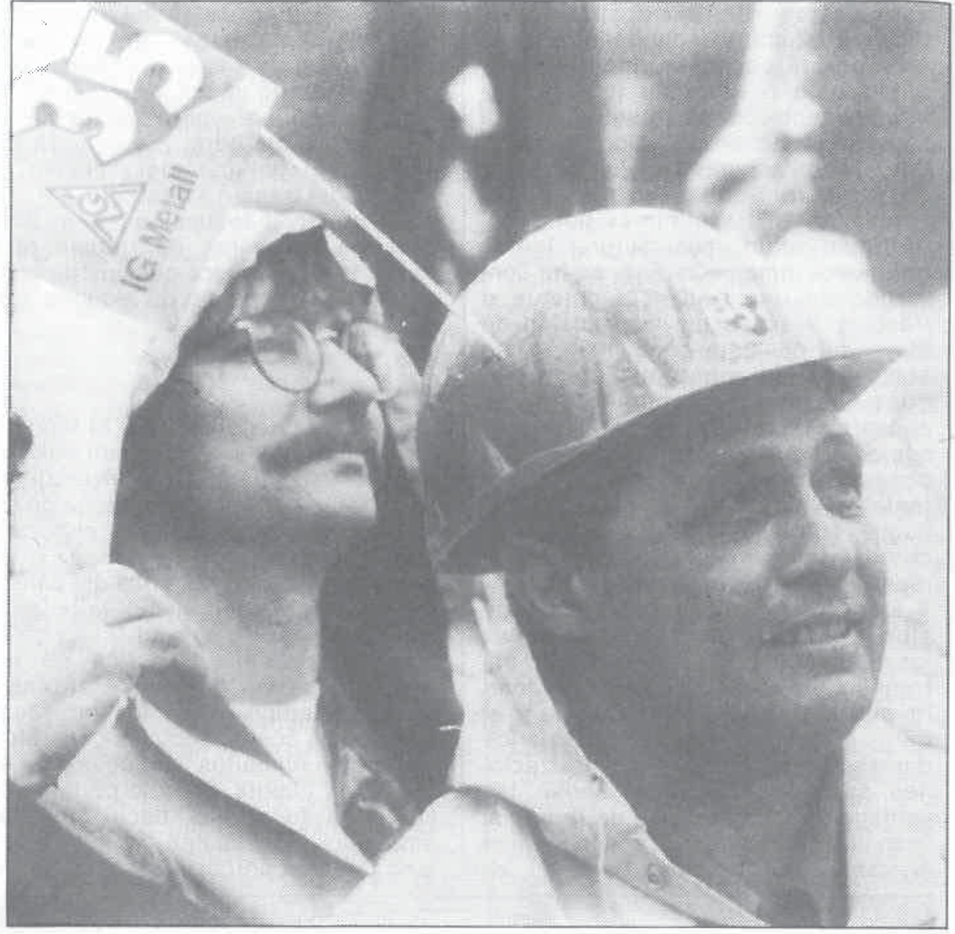
IX

Toda idea según la cual la tecnología actual, que amenaza con destruir el entorno natural, sería el producto "inevitable" de la lógica interna de las ciencias naturales debe ser rechazada como oscurantista, ahistórica, y, en último análisis apologética del capitalismo. Bajo el capitalismo, la tecnología se desarrolla bajo el látigo de la competencia, en el marco de los costes y de las ganancias previstas para cada empresa tomada individualmente. Los costes sociales generales, los costes humanos, ecológicos no se toman en cuenta, no solo porque son "exteriorizados" (es decir, que las empresas individuales no los pagan) sino también porque a menudo aparecen más tarde que las ganancias que las nuevas tecnologías permiten recoger a corto —o a medio— plazo. Se pueden citar múltiples ejemplos de tales elecciones tecnológicas, provechosas desde el punto de vista de cada empresa tomada individualmente pero irresponsables para la sociedad en su conjunto, a largo plazo; citemos sobre todo el motor a explosión (gasolina) o la elección de los detergentes, frente al jabón, para lavar la ropa. En cada uno de estos casos estaban implicadas alternativas reales. No eran las únicas técnicas existentes en el momento de la elección (16). Por el contrario, otras soluciones técnicas eran posibles. Las opciones no fueron hechas por razones de preferencia puramente "científicas" o "técnicas". Fueron hechas por razones de ganancias por ramas específicas de la industria, o, mejor aún, de las empresas líderes de esas ramas. Estas opciones dependían pues, de las relaciones de poder en el seno de la clase capitalista y de la sociedad en su conjunto. Ningún determinismo tecnológico ha decidido sobre el destino humano. Lo que está en juego es un determinismo socioeconómico, en el que los intereses materiales de las clases sociales o de importantes fracciones de clase se imponen mientras estas clases o fracciones de clase tienen el poder para imponer su voluntad (guiada por esos intereses) al conjunto de la sociedad.



No hay nada nuevo en la comprensión de que el desarrollo tecnológico bajo el capitalismo no es la única tecnología posible, sino una tecnología *específica* introducida por razones específicas estrechamente ligadas a la naturaleza específica de la economía capitalista y de la sociedad burguesa. Karl Marx era perfectamente consciente de ello: «*En la agricultura, como en la manufactura, la transformación capitalista del proceso de producción aparece a la vez como martirologio de los productores; el medio de trabajo, como medio de sojuzgamiento, de explotación y empobrecimiento del obrero; la combinación* social *de los procesos laborales, como opresión organizada de su vitalidad, libertad e independencia* individuales*(...)*

Al igual que en la industria urbana, la fuerza productiva acrecentada y la mayor movilización del trabajo en la agricultura moderna, se obtienen devastando y extenuando la fuerza de trabajo misma. Y todo progreso de la agricultura capitalista no es sólo un progreso en el arte de esquilmar al obrero, *sino a la vez en el arte de* esquilmar el suelo; *todo avance en el acrecentamiento de la fertilidad de éste durante el lapso dado, es un avance en el agotamiento de las fuentes dura-*



deras de esa fertilidad». (*El Capital* T.1. Ed. Siglo XXI pág. 612).

Subrayaba también con vigor que esta tendencia a aplicar tecnologías específicamente capitalistas —tecnologías que aumentan la producción de plusvalía— implica que las nuevas técnicas no tienen por único objetivo reducir el valor de la fuerza de trabajo, permitir producir bienes de consumo más baratos y economizar capital constante (asegurar la producción de máquinas, materias primas y de una energía más barata). Tiene también por función reducir el poder de resistencia de los trabajadores en una fábrica, en una rama industrial o en el conjunto de la sociedad.

«*La maquinaria, sin embargo, no sólo opera como competidor poderoso, irresistible, siempre dispuesto a convertir al asalariado en obrero* "superfluo". *El capital proclama y maneja, abierta y tendencialmente, a la maquinaria como* potencia hostil *al obrero. La misma se convierte en el* arma más poderosa *para reprimir las periódicas revueltas obreras, las* strikes *(huelgas), etc., dirigidas contra la* autocracia del capital. *Según Gaskell, la máquina de vapor fue desde un primer momento un antagonista de la "fuerza humana", el rival que permitió a los capitalistas aplastar las crecientes reivindicaciones obreras, las cuales amenazaban empujar a la crisis al incipiente sistema fabril. Se podría escribir una historia entera de los inventos que surgieron, desde 1830, como medios bélicos del capital contra los amotinamientos obreros*». (*El Capital* T.1. Ed. Siglo XXI. Pág. 530).

La historia de la introducción de las máquinas herramientas de control numérico tras la gran ola de huelgas de 1946 es una ilustración edificante. Hoy, cuando se hace un balance a posteriori, menos del 1% de las máquinas-herramientas utilizadas en la industria americana son de control numérico. Pero el miedo creado por su introducción inicial fue suficiente para romper el poder del sindicato en las empresas que trabajan con estas máquinas herramientas.

Una función similar juega hoy el miedo creado en el movimiento sindical y la clase obrera por "la supresión del trabajo humano por los robots". La realidad está lejos de acercarse a algo así como muestra el cuadro del final del texto.

Ya por citar a la revista "*Electronic Week*", nº 1.1.85: "*Incluso si la utilización de los robots crece según las previsiones... en 1990 no afectará aún más que a algunas décimas de 1% de todos los asalariados en los países industrializados, según estimación de fuentes industriales*".

Hay que responder a este miedo

(17). Ver David F, Noble Forces of Production, *Knopf, New York, 1984.*

(18). Ver Reinhart Brenet, Die Pfeile der Zeit, *Meyster Verlag, Munich 1984.*

(19). El profesor A.J. Ayer plantea este problema en la crítica que hace (New York, Review of Books, *1 marzo 1984) del libro de J. David Bolter* Turning's Man: Western Culture in the Computer Age *University of North Carolina Press, 1983.*

(20). La firma "Denning Mobile Robotics INC" de Woburn afirma que ha firmado un contrato para procurar 680 robots a la "Southern Steel Corp" a fin de servir de guardianes de prisiones durante tres años. (The New York Times, *9 de enero de 1985).*

familiarizando a los trabajadores con los ordenadores, exigiendo que los hijos de la clase obrera tengan ordenadores a su disposición gratuitamente en las escuelas. Este año se venderán 5 millones de ordenadores domésticos "personales" en los USA. La competencia es feroz. La caída de los precios será paralela. Los sindicatos y las demás organizaciones de clase deben asegurar que los obreros y los empleados aprendan a dominar a estos esclavos mecánicos, estén o no dotados de "inteligencia artificial". Entonces el miedo retrocederá y la clase obrera acabará por comportarse con las nuevas máquinas como acabó por hacerlo con las antiguas. Son instrumentos de trabajo que pueden ser transformados de instrumentos de despotismo en instrumentos de emancipación en cuanto los trabajadores se conviertan en sus dueños colectivos.

Sociedades postcapitalistas como la de la URSS utilizan generalmente la tecnología capitalista. Sufren además las consecuencias de la gestión burocrática y del monopolio del poder burocrático, es decir de la falta de una opinión pública crítica. Pero en un régimen de productores libremente asociados, en una democracia socialista con pluralidad de partidos políticos, todas estas contradicciones no operarían.

No hay ninguna razón para creer que estos productores estarían tan locos como para envenenarse mutuamente, envenenar el entorno, en cuanto conozcan los riesgos. No hay ninguna razón para pensar que no utilizarán máquinas, como los robots, para suprimir o reducir todos los trabajos humanos mecánicos, no creativos, agotadores, es decir, todo el trabajo humano alienante. La nueva tecnología hace posible la reunificación de la producción, la gestión y el conocimiento para los productores y amplía pues de forma considerable el espacio de la actividad creadora y el disfrute humano.

X

Queda una cuestión que los marxistas no habían tenido en cuenta hasta ahora porque no se planteaba aún a la humanidad. Tras haber sido durante decenios un tema de *ciencia ficción* y futurología, esta cuestión aparece ahora en el umbral de lo que es históricamente concebible como resultado de los prodigiosos progresos de las ciencias aplicadas y de la tecnología en los últimos decenios. ¿Podría el trabajo humano construir máquinas que podrían escapar al control de la humanidad, que podrían volverse completamente autónomas de los hombres y mujeres, es decir, "máquinas inteligentes"?. ¿Podrían estas máquinas rebelarse un día contra su creador original?. A partir de un cierto umbral, ¿los robots empezarían a construir otros robots *sin instrucciones humanas* (sin programación), que serían ampliamente superiores a los hombres desde el punto de vista de la inteligencia?.

En abstracto, tal posibilidad es ciertamente concebible. Pero debe circunscribirse más precisamente el marco material del problema hoy y en un futuro próximo, antes de sentirse condenados en cuanto al dominio del hombre sobre las máquinas.

Para construir un juego de ajedrez electrónico "perfecto" que tuviera respuesta a todas las combinaciones posibles, es decir 10^{120}, se necesitaría *un número de combinaciones que excede de lejos el número total de átomos del universo.* Para que un ordenador de hoy calcule todos los números de 39751 cifras a fin de descubrir un posible número "primo" entre ellos (un número primo es el que sólo puede dividirse por sí mismo y por 1), le haría falta un *tiempo superior al de toda la existencia de la humanidad desde sus orígenes hasta hoy.* Pero con la ayuda de estos mismos ordenadores, la *inteligencia humana* ha descubierto en el mes de septiembre de 1983 tal número "primo" de 39.751 cifras (que si fuera totalmente impreso se extendería a lo largo de 60 metros). En Chippewa Falls, en los Estados Unidos(18).

Hay hasta 15.000 millones de células nerviosas en un sólo cerebro humano y mil sinapsis por célula; las componentes de los ordenadores no podrán alcanzar de ninguna forma, un número semejante en un futuro previsible. Por consiguiente, el día en que nuestros esclavos mecánicos podrían controlarnos, dominarnos está aún muy, muy lejano. Por otra parte, si fuera preciso, la humanidad puede decidir limitar o parar la producción de los ordenadores robotizados y de los robots informatizados.

Estamos aquí de nuevo en el corazón del problema: la estructura y las leyes de desarrollo de la *sociedad humana y de la economía.* Tal es el verdadero objeto de la alternativa y no el potencial incontrolable de las nuevas tecnologías. Si la humanidad se hace la dueña de su sociedad, de la organización social del trabajo, de las finalidades y objetos del trabajo, es decir, dueña de su propio destino, no hay ningún peligro de que se convierta en la esclava de los ordenadores pensantes. Pero esto presupone la abolición de la propiedad privada, de la competencia, de la economía de mercado, del "egoismo sagrado", como estimulante global del trabajo social.

Esto presupone una organización del trabajo basada en la cooperación y la solidaridad con vistas al interés común, es decir, el socialismo democráticamente autogestionado. Si no logramos este dominio, las amenazas son innumerables. Corremos el riesgo de la muerte atómica, de ahogarnos en nuestros propios desechos, de la destrucción ecológica, de la pobreza masiva y el declive de las libertades. La posible esclavitud por las máquinas no es más que un riesgo más y sin duda el menos probable(19).

El núcleo racional de este miedo irracional, es el hecho de que el cambio necesario en la conciencia humana para ir hacia un mundo socialista puede ser hecho más difícil por los efectos a corto plazo de las nuevas técnicas de comunicación sobre el pensamiento, en la medida que el empleo de dichas técnicas está subordinado a los objetivos e intereses particulares de los grupos sociales privilegiados. La sustitución de los libros por videocasettes,la elección extremadamente reducida entre los conjuntos de ideas que resultan de ello, el declive del pensamiento crítico y de la investigación libre de cualquier dependencia de la búsqueda de ganancias a corto plazo; el declive del pensamiento teórico, sintético, imaginativo en provecho de un pragmatismo estrecho y de un utilitarismo miope (combinado generalmente con una generosa envoltura de misticismo y de irracionalidad en lo que concierne a los "grandes problemas") , este es el peligro real: que los robots y los ordenadores pudieran modelar nuestra forma de pensar, pero no por culpa de esos desgraciados esclavos mecánicos, sino por la de las fuerzas sociales que tienen un interés inmediato en producir estos efectos desastrosos. Igualmente, el cerebro humano ayudado por el ordenador, puede oprimir más facilmente, explotar, reducir a la esclavitud a otros seres humanos —en primer lugar a las clases explotadas y oprimidas— de lo que podría hacer el cerebro humano sin ordenadores. Pero nuevamente, la causa de esto no es la "maldad" de los ordenadores o de la ciencia aplicada, sino la crueldad inherente a un cierto tipo de sociedad, que crea la tentación y las incitaciones para ese tipo de comportamientos y de tentaciones(20).

Contra esos peligros, debemos movilizarnos, no tras la consigna de "¡cuidado con la ciencia y sus peligrosas potencialidades!" o "destruyamos los ordenadores". La consigna que se impone es la de "Dejemos a la humanidad convertirse en dueña de su destino social y técnico, dueña de su economía y de todos los productos de su trabajo intelectual y manual". Esto es hoy todavía posible y es más necesario que lo ha sido nunca. □

EL PCI, UN PARTIDO DEL SISTEMA

Livio Maitan

Tras la derrota electoral sufrida el 12 de mayo de 1985, se abrió un debate en el Partido Comunista Italiano (PCI) que, tanto por su duración y amplitud como por el alcance de las diferencias en él manifestadas, supera al que tuvo lugar en 1956 como consecuencia de la denuncia de los crímenes de Stalin en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Este debate, que se inició en el Comité Central inmediatamente posterior a las elecciones y prosiguió en otras dos reuniones del mismo órgano en julio y diciembre de 1985 y con ocasión del festival de *"L'Unita"* en septiembre de 1985, culminó en Florencia durante el XVII Congreso del PCI en abril de 1986, tras importantes discusiones, en las secciones y federaciones provinciales, de los textos del CC y las enmiendas presentadas.

La práctica totalidad del debate fue público. La prensa diaria y semanal del PCI publicó tribunas libres e informes de las reuniones del CC. La prensa burguesa —desde *La República* hasta *Corriere de la Sera*— también intervino abriendo sus páginas a declaraciones, entrevistas y artículos de diversos dirigentes del PCI, así como a comentarios de dirigentes de otros partidos y a conocidos intelectuales(1).

Desde el principio, el ala derecha de PCI se esforzó por definir mejor sus perfiles en los temas de alcance general. Su figura destacada fue Luciano Lama, principal dirigente de la Confederación general italiana del trabajo (CGIL). Ya en mayo de 1985 concedió a *La República* una entrevista que alborotó a los miembros del PCI, pues no gusta que los dirigentes empleen la prensa burguesa para expresar puntos de vista particulares. Entre otras cosas, Lama explicaba que a partir de ese momento el PCI debería situarse en la óptica de luchar por mejorar el sistema social actual, renunciando a todo ejercicio conceptual abstracto sobre la *"fuoriuscita"* del capitalismo(2).

El debate en el Comité Central

El 19 de julio volvía a la carga en el diario del partido. Elogiando a la Socialdemocracia alemana, añadía: «*Pienso que la mayor parte de los comunistas italianos, si estuvieran en Alemania (...) estarían en el SPD*». El 4 de octubre, en una entrevista publicada en *El Corriere de la Sera,* Lama reiteraba que no tiene «*ningún sentido, ningún significado*» hablar de *"salida"* del capitalismo. Precisando su pensamiento, declaraba: «*Estoy instalado en esta sociedad y hay valores de este sistema que no quiero perder (...): la libertad, la democracia, mis derechos como individuo*». Imposible expresar mejor el sentimiento medio de un demócrata burgués.

En el CC de julio otro portavoz de la derecha, Guido Fanti, actual vicepresidente del Parlamento europeo, fiel reflejo de la sensibilidad de los cargos elegidos locales, rechazaba las críticas que alguno le había dirigido en los municipios de izquierdas. Según él, los fracasos electorales del PCI responden a que este partido no ha sabido plantear las *"orientaciones generales de gobierno nacional"* correspondientes a las concepciones y a las prácticas afirmadas a nivel de pueblos, provincias y regiones. En otros términos, no se había culminado la integración en las instituciones.

En la misma reunión de CC, Sergio Segre, también diputado europeo, la tomó con quienes avanzaban la idea de una Europa no alineada. De ninguna forma había que cuestionar la pertenencia a la OTAN, ni la fidelidad a la alianza con los países occidentales.

En cuanto a la izquierda del PCI, Ingrao insistió especialmente en su crítica al Partido Socialista Italiano (PSI), cuya hostilidad al movimiento pacifista revela hasta que punto es *"prisionero de la lógica imperial americana"*. Por otra parte Ingrao no olvidó añadir que el propio PCI era responsable de la desmovilización del movimiento antiguerra. Del mismo modo la crítica al PSI era el eje central de una

NOTAS:

(1). Al festival de "L'Unita" *que duró más de dos semanas y en el que participaron cientos de miles de personas, fueron invitados dirigentes del PSI y de otros partidos gubernamentales (ministros incluidos), dirigentes sindicales y de organizaciones patronales y dirigentes de empresas estatales. También tomaron la palabra políticos e intelectuales extranjeros. Entre otros, hubo un debate entre el demócrata norteamericano Mc Govern y un portavoz de la burocracia soviética, Kovalski, consejero del CC del PCUS en política internacional.*

(2). Traducimos por "salida" *la palabra* "fuoriuscita" *utilizada corrientemente en el PCI.* "Fuoriuscire" *significa literalmente* "salir fuera". *Esta terminología fue introducida para expresar mejor las concepciones gradualistas del partido.*

(3). Natta rechaza esta caracterización de "centro", tanto en lo que le concierne como respecto a sus predecesores: «Es completamente arbitrario a nivel de apreciación histórico-política *—escribe Natta—* definir la línea de Togliatti y después la de Longo y finalmente la de Berlinguer, como si lo que se presenta en una jerga abusiva como "centrismo", que nosotros definimos más correctamente como una lucha permanente contra el extremismo y el oportunismo, fuese, sustancialmente, una especie de equilibrio estático, una falta de opciones resueltas» (L'Uninta, *8 de octubre).*

(4). Ver el informe de Natta al Comité Central de julio de 1985, L'Unita *del 23 de julio.*



carta de la célula de la empresa Piaggio (Pontedera), también muy dura respecto a las direcciones sindicales: *"Si queremos representar una alternativa a este sistema de poder, debe quedar claro que en muchos casos y en numerosas situaciones debemos representar también una alternativa al PSI, integrado en este sistema" (L'Unita,* 7 de agosto de 1985).

Otro representante de la izquierda, Cossutta, fue más activo que Ingrao, presentándose como el principal oponente a los "resbalones" programáticos de la mayoría. Por ejemplo, en el Comité Central de julio, respondiendo a *"estos camaradas que plantean explícitamente como punto central del debate la cuestión de saber si hay que renunciar a toda hipótesis de lucha para la* "salida" *del capitalismo"* negó que *"las contradicciones del capitalismo hayan dejado de jugar un papel determinante en la vida social y económica".* Así, no se puede renunciar a la lucha por superar el capitalismo en Italia y, más generalmente, en Occidente. Insistió en la misma idea en un artículo publicado un mes más tarde en *L'Unita* del 21 de agosto: «*Nada ha envejecido tanto como el pretender mejorar la sociedad adaptándose a la gestión de las reglas del juego capitalista: es algo experimentado y fracasado*». Desgraciadamente, en el mismo artículo confirmaba su acuerdo con *"la línea gradualista que marca la historia del partido"* reclamándose tanto de las ideas de Togliatti como de Berlinguer. Finalmente, en el Festival de *L'Unita*, declaró no estar *"convencido"* del proyecto de *"pacto entre productores"* —a saber, entre trabajadores y patrones— que sigue siendo un lema central de la orientación mayoritaria.

Por su parte, el grupo dirigente que se sitúa en el centro en torno a Natta(3), secretario nacional del PCI, al tiempo que niega la existencia de una crisis de identidad en el partido, se preocupa por reafirmar esta identidad a tres niveles. En primer lugar, reafirma el papel central de la clase obrera, recordando que «*las masas de trabajadores dependientes no han dejado de ser los protagonistas de la lucha por unas nuevas relaciones sociales*». En segundo lugar, precisa el perfil actual del partido: «*El PCI es y quiere ser un partido democrático moderno, reformador, y una fuerza auténticamente socialista, indisolublemente ligada al destino de Italia, a la vida y al destino de la izquierda europea, ligada a todas las fuerzas de liberación, de emancipación y de progreso del mundo entero*». Defiende las ideas «*de libertad, liberación, justicia, igualdad y solidaridad*», así como «*la idea de que las relaciones de producción surgidas de las estructuras capitalistas no suponen ni la conclusión de la historia humana, ni una aplicación de las leyes naturales*». En tercer lugar, confirma la *"concepción de la alternativa"* como eje estratégico a medio o, mejor, a largo plazo(4).

Más adelante, a propósito del debate sobre los textos preparatorios del Congreso de abril de 1986, volveremos sobre la *"alternativa".* Ahora subrayemos que, en el período al que nos referimos actualmente, los portavoces del "centro", conscientes de las dificultades que tienen para explicar su estrategia, se centraron sobre todo en este terreno. Desgraciadamente, se dedicaron con frecuencia al placer de los malabarismos conceptuales y verbales. Merece la pena citar a Achille Occhetto, campeón en tal materia. En un artículo publicado en *Rinascita* el 13 de julio de 1985, titulado *"Nuevas ideas para la izquierda europea",* partiendo de un ensayo del socialdemócrata alemán Peter Glotz, se pronuncia por una "*"revalorización del mercado",* pero —precisa— a condición de plantear al mismo tiempo «*la verdadera cuestión que aparece ante nuestras opciones políticas: una reconquista colectiva del valor de uso, capaz de superar cualquier utopía neo-señorial*».

El autor hace todo lo posible por ayudarnos a comprender. Más adelante explica que es necesario «*superar la falta alternativa entre estatismo y neoliberalismo*» e «*introducir un nuevo liberalismo en los grandes procesos de socialización en curso*». Y concluye: «*la solución de los nuevos problemas es fácil, no está inscrita en textos de Marx, ni de Keynes. Si no queremos*

ser derrotados por Reagan y por Friedman, las lecciones de Marx y Keynes son, en cierto modo, insoslayables». La síntesis propuesta es juiciosa, pero de ahí a que se trate de "ideas nuevas"...

En un segundo artículo publicado en *Rinascita* el 27 de julio de 1985, nuestro autor proclama que hay que *«superar el viejo revolucionarismo y el viejo reformismo (...) Incluso la afirmación de la necesidad de una* "salida" *del capitalismo debe ser presentada como problemática».* Aquí, el fondo de la cuestión parece más claro. El grupo dirigente del PCI no quiere proclamar sin rodeos que está por la superación del capitalismo, porque esto le crearía dificultades en sus proyectos políticos actuales y en las alianzas que desea, pero tampoco quiere decir lo que dice por ejemplo Lama, por miedo a diluir demasiado la identidad del partido y desesperar a esos militantes y cuadros que se resisten a creer que la lucha contra el sistema capitalista no sea ya más que una arcaica chifladura.

PCI, movimiento obrero europeo y reformismo

Subrayando los elementos nuevos que aparecían en los posicionamientos del PCI tras la instauración del régimen de Jaruzelski en Polonia, llamamos entonces la atención sobre su decisión de mantener desde ese momento *"relaciones con todos los partidos comunistas, igual que con cualquier otra fuerza socialista, revolucionaria y progresista, sin lazos privilegiados con ninguna de ellas"(5).* Ahora es necesario constatar —anticipando algo el análisis de las tesis del XVII Congreso— que la lista de los miembros del "nuevo internacionalismo" del PCI se ha ampliado. Incluye también a *"las fuerzas democráticas laicas o de inspiración cristiana o católica, los sindicatos, los movimientos pacifistas y ecologistas".*

La diferencia entre los lazos que deberían unir a los partidos obreros y el apoyo a movimientos progresistas de cualquier tipo se difumina aún más. Pero lo esencial es que, en la práctica y en el debate político y programático actual, el PCI ya no coloca al mismo nivel a todos los partidos obreros. Hoy en día está mucho más interesado en tener relaciones con partidos socialdemócratas que con partidos comunistas, como por ejemplo, el Partido Comunista francés (PCF) o el Partico Comunista portugués (PCP). De hecho, la lectura de su diario y de su revista semanal no deja lugar a dudas: los puntos de referencia esenciales del PCI son las socialdemocracias de Alemania y Suecia.

Respecto a la primera, *Rinascita* le consagra, por ejemplo, un artículo de su especialista, Mario Telo, que con un tono totalmente favorable presenta el nuevo programa del SPD. Por otra parte ya hemos visto que el PCI se refiere constantemente a las tesis del socialdemócrata alemán Peter Glotz. Este nuevo programa vendría caracterizado especialmente por la idea de *"una alianza social por el empleo financiada sobre todo por el sacrificio en un espíritu de solidaridad"* y por la ampliación del *"gran pacto social"*, que ya no tendría lugar únicamente entre los *"tres actores tradicionales"* (SPD, sindicatos y patronal), sino también con la Banca central (concepto de *Globalsteuerung,* dirección global, nos explica el autor). Sin embargo hay una dificultad: *"Las industrias privadas no comparten ni el objetivo prioritario (el empleo), ni sus fuentes de financiación, ni sus formas de realización".* Pequeño detalle, cuya causa parece ignorar Telo. Al margen de cualquier novedad, la economía alemana como cualquier economía capitalista se ha regido siempre por el beneficio y todo el resto no es más que literatura a los ojos de *"aliados sociales"* como patronos y bancas.

Por lo que concierne a la socialdemocracia sueca, la prensa del PCI saludó con entusiasmo sus últimos éxitos electorales. *L'Unita,* el 14 de septiembre de 1985 consagró a Suecia una página entera y el día 17 tituló su editorial: *"Donde no hemos doblado la rodilla". Rinascita* del 28 de septiembre de 1985 publicó un artículo titulado *"El ejemplo sueco"* en el que Mario Telo rechaza la idea de la *«excepcionalidad sueca»* y se plantea la cuestión de saber si *«el proceso de renovación que preparó la vuelta de Palme al poder solamente seis años más tarde no indica y no anticipa una nueva fase de desarrollo posible del movimiento sindical y del socialismo europeo».* Una sola reserva: La socialdemocracia sueca mantiene una *"estrategia socialista nacional"*, mientras que el *"SPD es más claramente pro-europeo".* Telo no parece preguntarse si esto tiene algo que ver con las diferentes orientaciones de las dos burguesías respectivas(6).

Como ya hemos visto, Natta caracteriza al PCI como partido reformador. Más generalmente, el grupo dirigente sigue evitando las palabras "reformista" y "reformismo". Incluso en debates recientes algunos de sus representantes explicaron que la diferencia entre la socialdemocracia clásica y el PCI residía en que los socialdemócratas en última instancia no han luchado más que por modificar la distribución de los ingresos, mientras que el PCI quiere introducir reformas estructurales. Pero una

(5). Declaración de la dirección del PCI del 30 de diciembre de 1981.

(6). Es patente que a los dirigentes del PCI les molesta el balance de los gobiernos socialistas en Francia y en el Estado español, cuya estrategia no es cualitativamente diferente a la suya. Casi no hablan del Estado español y toman cada vez más distancia respecto a Francia. Estiman especialmente que la política de nacionalizaciones está superada y que la izquierda no ha hecho los esfuerzos necesarios para obtener un apoyo activo de las masas. Dan a entender que en lugar de querer gobernar con un 52%, *habría sido preferible intentar acuerdos más amplios. Respecto a este tema ver una respuesta de Gilles Martinet, en* Rinascita *de 7 de diciembre de 1985.*

(7). Se trata de un programa que debería ser realizado por un "gobierno de alternativa".

(8). 89 miembros del Comité Central del PCI votaron a favor, 22 en contra y 33 se abstuvieron.

(9). En total hubo 12 abstenciones en las tesis y 8 en el documento programático. Nadie votó en contra.

reducción tal de la política socialdemócrata —que no es más que un camuflage táctico, por no decir una automistificación— ya fué abiertamente contestada, por ejemplo en un artículo del diputado Augusto Barbera.

Por su parte Rosario Villari, miembro del Comité Central, insistió en la necesidad que tiene el partido de extraer todas las consecuenicas de aceptar la *"democracia política"* como *"valor universal"*, a saber: explicar explícitamente y sin reservas que su enfoque de la *"transformación socialista de la sociedad"* no puede ser más que *"reformista y gradual"*. El propio Villari explicó en el Comité Central de diciembre que en lugar de proclamar *"perspectivas ideales de soluciones definitivas y elaborar proyectos abstractos"*, había que *"valorar las conquistas, las reformas que el movimiento obrero ha realizado a lo largo de su historia"*. Más explícito todavía en la revalorización de los reformistas es el historiador Giuliano Procacci, miembro de la Comisión general de control del PCI. Así, escribe: *"Los reformistas han sido la componente más constructiva, más capaz e incluso más eficazmente combativa del movimiento obrero italiano"*.

El XVII Congreso

Las tesis que el Comité Central del PCI adoptó a principios de diciembre de 1985 no reflejaban más que parcialmente toda la problemática aparecida en los debates desarrollados durante más de seis meses. De hecho, no aportan ninguna novedad importante. No hacen más que reformular, normalmente en términos utilizados a lo largo de los últimos años e incluso en el Congreso de 1983, la línea estratégica reformista del partido, su enfoque de los problemas internacionales y su concepción del centralismo democrático.

El documento programático, votado al mismo tiempo, retoma con pequeñas variantes los ejes y los objetivos específicos de otros textos de idéntica naturaleza(7).

Más que analizar los textos en sí, merece la pena detenerse en el debate de las enmiendas sobre el que el diario del partido dió informes muy detallados.

Para empezar, la mayoría rechazó una enmienda presentada por Cossutta, que decía simplemente: «*Los comunistas actúan para superar el capitalismo*». El texto queda formulado así: «*En la óptica de los países desarrollados, la superación del sistema capitalista es concebida por los comunistas italianos no a través de grandes rupturas traumatizantes, como sucedió en el pasado (de hecho esto se produjo a continuación de las dos guerras mundiales, en Rusia y en China), sino a través de un complejo tejido de formas económicas en las que un modo de producción y de vida pueda prevalecer sobre el otro*». Los socialdemócratas más derechosos de la Edad de Oro podrían con todo derecho denunciar semejante plagio...

En segundo lugar, mientras el texto del congreso precedente denunciaba, aunque con reservas, la responsabilidad principal del imperialismo norteamericano en la carrera de armamentos, en el Comité Central de diciembre todas las enmiendas que iban en este sentido fueron rechazadas. También se rechazó una enmienda que se posicionaba por *"actos unilaterales y limitados de desarme"*, así como una enmienda de Cossutta que indicaba, en términos muy vagos por otra parte, en qué condiciones podría permanecer Italia en la OTAN. Con todo derecho Fieschi y Castellina —ellos también autores de enmiendas— reprocharon a la mayoría el que defendiera posturas *"más atrasadas"* que las de ciertos partidos socialdemócratas europeos.

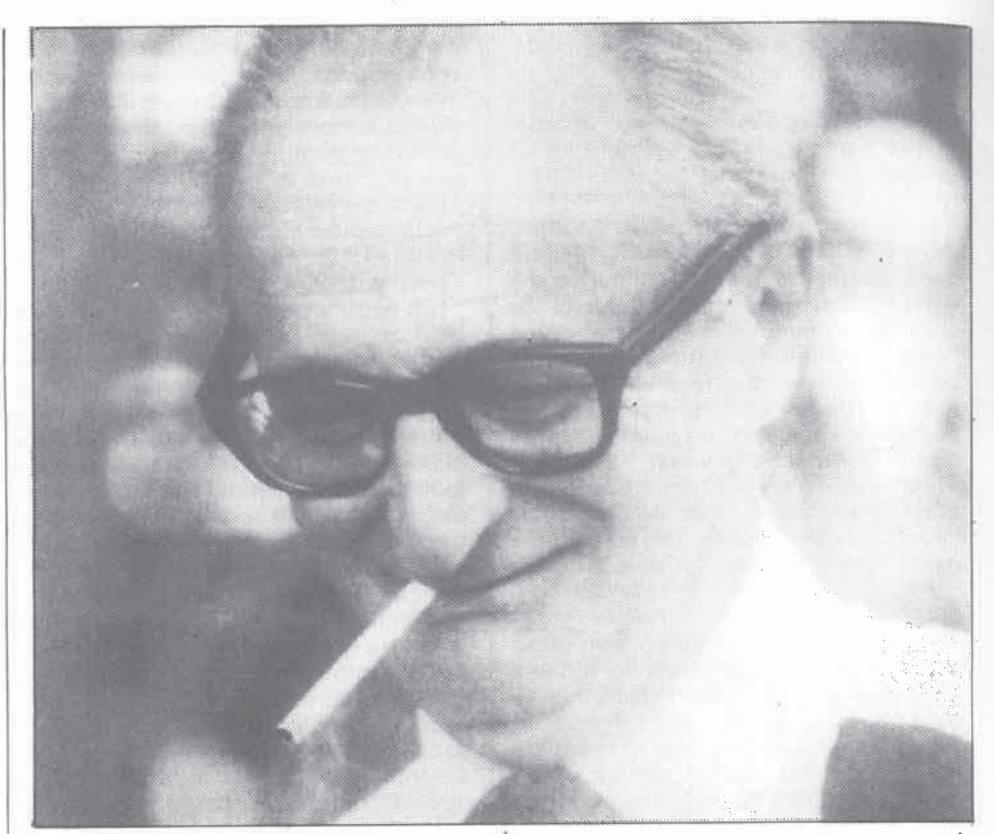
Sobre el tema de la *"alternativa democrática"*, del que habían aparecido múltiples interpretaciones en el Comité Central de mayo, el debate fué una vez más bastante vivo, sin por ello llegar a la claridad necesaria. La única novedad reside en la utilización de una nueva fórmula, la de *"gobierno de programa"* que, al parecer, sería un objetivo intermedio en el camino de la *"alternativa"*. En cualquier caso, es significativo que todas las propuestas que trataban de presentar la *"alternativa"* como una *"alternativa a la Democracia Cristiana"* fueran rechazadas. Aparentemente el *"compromiso histórico"* no está todavía enterrado.

Sobre la cuestión de la utilización de la energía nuclear se expresaron, una vez más, posturas opuestas. La mayoría avaló la línea adoptada antes, pronunciándose por una utilización *"limitada y controlada"*(8).

Finalmente, la mayoría rechazó una enmienda que deseaba el establecimiento de relaciones siquiera *"formales"* con la Internacional Socialista y otra que trataba de reemplazar la fórmula *"centralismo democrático"*, que una parte de la derecha quería abandonar, por la de *"método de la unidad democrática"*.

En realidad, el debate sobre las enmiendas constituyó un nuevo asalto del enfrentamiento entre las diversas corrientes o sensibilidades del partido. La derecha, algunos de cuyos portavoces se abstuvieron en el voto final(9), intervino poco en temas internacionales ya que estimaba haberse





salido con la suya en los puntos más importantes: actitud sobre los Estados Unidos y la Unión Soviética, cuestión de la OTAN y la lucha por el desarme, etc. Por el contrario, se declaró poco satisfecha respecto a las perspectivas nacionales, es decir la *"alternativa"* y el *"gobierno de programa"*. Efectivamente, es en este terreno sobre todo donde el centro ejerció su mediación imponiendo fórmulas susceptibles de ser interpretadas según las preferencias de cada uno o según las necesidades del momento.

La izquierda, que también se abstuvo (en 1983 Cossutta había votado en contra), se manifestó en sus tres componentes. La componente ex-PDUP (Partido de Unidad Proletaria) se caracterizó presentando enmiendas sobre cuestiones internacionales y otra sobre el *"gobierno de programa"* que iba en el mismo sentido que la presentada por Ingrao en este mismo asunto. Cossutta y Cappelloni continuaron una batalla que dura ya cinco años, preconizando una actitud menos crítica respecto a la Unión Soviética, lo que, según ellos, se justificaría por la nueva actitud de Gorbatchov, criticando a las direcciones sindicales y reivindicando más derechos para las minorías en el interior del partido. Finalmente, Ingrao criticó también, parcialmente, a la burocracia sindical, especialmente en el asunto de sus prácticas poco democráticas y se alió con las enmiendas de Castellina del ex-PDUP sobre las cuestiones internacionales. Ingrao luchó especialmente por una enmienda a propósito del *"gobierno de programa"*, que, según él, debería ser un *"gobierno constituyente"*, ya que *"la cuestión crucial"* sería hoy la de una *"reforma del estado"* y el fin del gobierno de los cinco partidos *"podría presentarse como un paso traumático"*(10). Lo menos que puede decirse es que la adopción de tal enmienda no habría modificado gran cosa la orientación del partido.

Por añadidura, ninguna de las componentes de la izquierda presentó enmiendas a tesis capitales como el *"nuevo internacionalismo"*, la caracterización de la sociedad italiana, las perspectivas, las alianzas sociales que preconizan *"una alianza por el trabajo y el desarrollo"* incluyendo a *"las fuerzas de la burguesía industrial interesadas en luchar contra los desequilibrios y el atraso"*. Esto confirma que dicha izquierda no constituye una alternativa frente al grupo dirigente del PCI, ya que no cuestiona sus orientaciones fundamentales.

Como conclusión se puede decir que los textos presentados al XVII Congreso no llevaban consigo novedades sustanciales respecto a las orientaciones precedentes del partido, ni respecto a lo que ya se había avanzado en el debate posterior a las elecciones del año pasado. Sin embargo, a partir de los cambios y de las rectificaciones que hemos indicado más arriba, parece más claro que las concepciones del grupo dirigente se distinguen cada vez menos de las concepciones socialdemócratas.

Es de destacar que las votaciones conseguidas por las enmiendas en las

(10). Las cinco formaciones de la alianza gubernamental son el Partido demócrata-cristiano, el Partido socialista, el Partido socialdemócrata, el Partido republicano y el Partido liberal.

(11). Además de las enmiendas presentadas en el Comité Central de diciembre de 1985, los congresos federales habían discutido una cantidad enorme de enmiendas, de las que 1.427 fueron aprobadas. Para justificar la retirada de sus enmiendas, Cossutta explicó que no insistía porque "el partido no compartía" *sus enmiendas y quería* "evitar una cristalización de posturas". *Castellina utilizó argumentos análogos.*

(12). A este respecto ver nuestro artículo "Lo que ha cambiado en Italia", *en el número 20 de la revista* Quatriéme Internacionale *de mayo de 1986.*

(13). Garavini defendió estas posturas también en el debate del Congreso de la CGIL.

secciones y federaciones provinciales tienen una significación que va más allá del alcance intrínseco de las propias enmiendas. Así, el apoyo a la enmienda sobre el reaganismo defendida por Luciana Castellina expresó una oposición más general al apoyo del PCI a la participación de Italia en la OTAN. Del mismo modo, el apoyo a la enmienda de Pietro Ingrao sobre el funcionamiento poco democrático de los sindicatos refleja un descontento muy extendido sobre las orientaciones sindicales globales del partido. Es francamente significativo que la enmienda de Castellina consiguiera la mayoría en unas cincuenta federaciones (de un total de 112) y la de Ingrao en unas treinta. En cuanto a la enmienda de Bassolino-Mussi contra la construcción de centrales nucleares, hay que decir que fué adoptada por poco más o menos la mitad de las federaciones. Incluso en donde fueron minoritarias, estas tres enmiendas obtuvieron votaciones apreciables.

Fué especialmente el ala derecha del PCI quien se preocupó por el éxito de las enmiendas en numerosos congresos provinciales. De hecho, reprochaba al centro haber hecho concesiones a la izquierda y no defender las tesis del Comité Central con suficiente vigor. Siete de sus partidarios incluso llegaron a pedir una reunión extraordinaria del Comité Central antes del Congreso. A la mayoría le fué fácil responder que era cuestión del partido en su conjunto resolver sobre las diferentes posiciones y, por lo tanto, rechazar la petición. Esto no impidió que, tras la iniciativa de los "siete", el centro iniciara su contraataque, especialmente frente a las enmiendas de Ingrao y Castellina. La señal fué dada por el propio Natta en su discurso al congreso de la federación de Milan.

Un éxito para Natta y el centro

Esta respuesta contribuyó a asegurar al centro el incontestable éxito que consiguió en el Congreso Nacional. Al final, casi todas las enmiendas fueron retiradas(11). Las tesis se adoptaron casi por unanimidad (17 abstenciones sobre un total de algo más de 1.000 delegados), así como el documento programático (3 votos en contra y 72 abstenciones). El informe y las conclusiones de Natta no tuvieron ni un voto en contra, ni una abstención. El propio Natta quiso a continuación explicitar aún más su éxito excluyendo del Comité Central a Antonio Cappelloni, defensor durante mucho tiempo de las posturas de Armando Cossutta y al propio Cossutta de la dirección, a pesar de que el número de miembros pasó de 33 a 38.

El ala derecha tiene pues buenas razones para felicitarse por los resultados obtenidos con su táctica de presionar al centro. Mientras tanto, la izquierda, al retirar sus enmiendas, confirmó una vez más su incapacidad para expresar una alternativa a la orientación mayoritaria y su resignación a no llevar más que batallas parciales o simplemente de retaguardia. Subrayemos que la votación de la única enmienda sobre la que el Congreso se dividió netamente —la que iba contra las centrales nucleares (440 a favor, 457 en contra y 59 abstenciones)— no coincidía con las divergencias de orientaciones más generales: de hecho el grupo dirigente del centro se dividió en este punto.

Sobre el pretendido ocaso de la clase obrera, problema que constituye el meollo de innumerables debates en Italia y en otros países capitalistas avanzados, aparecieron diversos enfoques. Una parte no despreciable de los cuadros y dirigentes del PCI acepta fundamentalmente las mistificaciones propagadas sobre esta cuestión por "teóricos" y portavoces tanto de los partidos burgueses como del PSI(12). Por supuesto hubo intervenciones que iban más o menos explícitamente en este sentido. Pero otros oradores expresaron un punto de vista diferente. Por ejemplo, un delegado de la Lancia de Chivasso, próximo a Turin, afirmó que «*Fiat no ha cambiado; el enfrentamiento entre clases sigue siendo actual*» y que «*la fábrica es fundamental para nosotros, para desarrollar ese proyecto de cambio que es necesario también para los demás sectores*».



Sergio Garavini, secretario general de la FIOM, sindicato metalúrgico de la CGIL, la mayor confederación sindical, mayoritariamente dirigida por el PCI, explicó que «*hay que confirmar la opción según la cual las contradicciones del sistema deben ser abordadas a partir de los problemas del trabajo, que se sitúan en el proceso de producción (...) El peso de la industria, en sentido estricto, ha disminuído en el conjunto de la economía y el peso de los trabajadores manuales también disminuye. Pero el método de trabajo de la industria moderna, transformada por la electrónica, se extiende en la economía y en la sociedad*»(13).

Por su parte, Natta había utilizado en el informe una fórmula intermedia: «*la clase obrera, tal como teníamos costumbre de concebirla, no ha desaparecido en absoluto, pero debemos captar clara y netamente el proceso de transformación de las clases y de las capas sociales: la múltiple emergencia de profesiones nuevas y la constante desaparición de antiguas funciones, la extensión del trabajo asalariado y al mismo tiempo del trabajo autónomo, la subsistencia de grandes concentraciones como dato esencial y su internacionalización, pero también el crecimiento de las unidades de producción pequeñas y medias*». Desgraciadamente, no es la defensa consecuente de los intereses y de las aspiraciones de los obreros y más en general de los asalariados lo que constituiría el elemento central de esta orientación de alternativa democrática tal como el Congreso la definició y aún menos sus aplicaciones prácticas.

Más sobre la "alternativa democrática"

El Comité Central había propuesto dos ejes de orientación al Congreso: *"la alternativa democrática"* y el *"gobierno de programa"*. Hubo debates muy vivos sobre el contenido de estas dos fórmulas. Retengamos la definición que Natta dió de la primera de ellas en sus conclusiones:

«*Hemos hablado de la* "alternativa" *como de un proyecto, es decir un designio, una línea de renovación que no puede dejar de referirse a opciones de valores fundamentales; como de un proceso que se realiza a través de una política de reformas; como de una innovación del sistema que trata de afrontar los problemas planteados por el desafío tecnológico y movilizar todas energías y las capacidades que son indispensables para dirigir el cambio (...) En la base de esta obra de transformación, nosotros, los comunistas, situamos —nadie podría*

negarlo— *los valores y principios de nuestra Constitución republicana*».

O sea que después de tanto hablar sobre lo nuevo y original de los diferentes conceptos y fórmulas, volvemos a la idea central, que tiene ya más de 40 años: hay que llevar a la práctica los preceptos de la Constitución(14). Pero el Congreso, más concretamente, confirmó que la *"alternativa"* no es necesariamente alternativa a la Democracia Cristiana, es decir al principal partido burgués. Natta la explicó sacando inopinadamente esta fórmula: *"Nuestra oposición a la Democracia Cristiana no está inscrita en el cielo"*. Se guarda mucho de preguntarse si tampoco está inscrita en la realidad social. En cualquier caso, es el *"gobierno de programa"* quien debería constituir el objetivo intermedio en el camino de la *"alternativa"*.

Dicho sea de paso, a pesar de toda la buena voluntad de sus dirigentes, no hay muchas posibilidades de que la *"gran alianza de fuerzas reformadoras"*, preconizada por el PCI, se haga realidad. Al menos en los dos años que nos separan de las próximas elecciones legislativas, no se puede pronosticar cambios decisivos por parte de sectores de la burguesía que pudieran ser susceptibles de abrir el camino a la participación del PCI en el gobierno, tanto más cuando aquél no podría aceptar el papel de fuerza de apoyo que le fué consagrado en 1976-1977. Así pues, corre el riesgo de permanecer en la oposición todavía durante varios años, sin por ello construir una alternativa real.

En esta medida, la batalla electoral de 1988 será el verdadero envite para el PCI. ¿Podrá aprovechar las debilidades y contradicciones de la actual coalición gubernamental, o de otra que eventualmente pudiera sucederle, para ampliar de nuevo su influencia y crear una relación de fuerzas electoral y parlamentaria que haga inevitable su presencia en el gobierno; se atascará o, peor aún, sufrirá un nuevo retroceso?. Pensamos que Natta sufrirá en este terreno más de lo que sufrió para hacerse plebiscitar en Florencia.

"Parte integrante de la izquierda europea"

A lo largo de todo el Congreso, el diario del PCI hizo hincapié en el giro que tal congreso supondría. No insistimos en el alcance, muy limitado, de los elementos nuevos de las tesis y del documento programático respecto a los textos del congreso precedente. El caso es que la afirmación según la cual el PCI es *"parte integrante de la izquierda europea"* se convirtió en el "leitmotiv" del Congreso, transformándose casi en una consigna de agitación. Ahora bien, cuando hablan de *"izquierda europea"*, los dirigentes del PCI incluyen a movimientos de origen y naturaleza diferentes (ecologista, pacifista, etc.), pero se refieren ante y sobre todo a los partidos socialdemócratas.

Así pues es legítimo plantearse la siguiente pregunta: ¿Ha acabado el PCI este proceso de socialdemocratización cuyos orígenes se remontan a dos o tres decenios?. No se trata de una cuestión que interese únicamente a trotskystas, preocupados por poner al día su clasificación o por colocar etiquetas. Es un debate que se desarrolla en Italia en la gran prensa burguesa, explicando *Repubblica* que el PCI pertenece ya *"a la Socialdemocracia occidental e industrial"* mientras que el *Corriere della Sera* no comparte este parecer(15).

Recordemos que los predecesores de Natta, no sólo Palmiro Togliatti y Luigi Longo, sino también Enrico Berlinguer, incluso tras la explosión del eurocomunismo, se habían esforzado siempre en subrayar la especificidad del PCI respecto a los partidos socialdemócratas, lo que de ninguna forma implica que sus argumentos fueran pertinentes. Esto ya no es así. La casi obsesiva insistencia con la fórmula "somos parte integrante de la izquierda europea" tiene precisamente como finalidad demostrar que el PCI y los partidos socialdemócratas se sitúan fundamentalmente en el mismo terreno. Y es más, el tema de la tercera vía, distinta tanto del "socialismo real" de los países del Este como de la socialdemocracia, avanzada en la época de Berlinguer como uno de los ejes centrales de la ideología del partido, se ha difuminado totalmente. En Florencia sólo Ingrao lo lamentó.

Por otra parte, esto es lo que Natta respondió a quienes subrayan que el PCI retoma ahora en su discurso lo que los partidos socialdemócratas dicen desde hace decenas de años: «*Hoy, los grandes partidos socialistas y socialdemócratas y las fuerzas progresistas de Occidente deben, ellos también, constatar que la vía que parecía haber sido trazada por ellos de una vez por todas debe ser repensada y profundamente. Ciertamente, no hay que creer que esto signifique que las fuerzas socialistas y socialdemócratas europeas cambien su opción fundamental; pero si esto concierne ante todo y esencialmente a la vía democrática en la lucha por las reformas y a la opción de la distensión internacional en el interior de las alianzas a las que se pertenece, esto ya no es para nosotros una razón de conflicto*».

Precisamente: en lo esencial el PCI se coloca —Natta no hace más que

NOTAS:

(14). Algunos días despues de finalizado el Congreso, el semanario del PCI Rinascita, *sentía la necesidad de explicar por enémisa vez el significado de* "la alternativa de programa" *adoptada por el Congreso. Esta "alternativa", se puede leer,* "esboza los perfiles de una nueva estrategia democrática. Estos perfiles no son los de una democracia consociativa *(esta palabra no se emplea más en italiano que en castellano, pero quiere indicar una democracia basada en un acuerdo de asociación).* Tampoco son los de una democracia conflictiva, menos aún si el conflicto se reduce a un puro y simple enfrentamiento por el poder. Más bien, la propuesta de una "alternativa de programa" es una invitación a reflexionar sobre el proyecto de una democracia competitiva. Una democracia, en la que haya competición sobre el modo de gobernar una sociedad en evolución" (Rinascita, *19 de abril de 1986). He aquí un buen ejemplo de los grotescos camelos que los dirigentes del PCI quieren colar como proyectos políticos* "modernos" *y* "originales".

(15). Incluso en el Corriere, *hay, por otra parte, periodistas que están más bien de acuerdo con Repúbblica. Por ejemplo, uno de sus corresponsales en el Congreso escribió:* «Hay que constatar que aquí, en el Congreso de Florencia, una intervención de cualquier delegado socialdemócrata alemán o sueco habría aparecido más bien como izquierdista" *(13 de abril). Ni que decir tiene que a los periodistas y políticos que rechazan la tesis de la socialdemocratización les trae sin cuidado la precisión "científica". Pertenecen de hecho a esas tendencias burguesas que rechazan cualquier perspectiva de colaboración gubernamental con el PCI y buscan argumentos para proseguir mejor su batalla.*

(16). Ver las "Tesis para el Congreso" citadas antes.

(17). Luciano Lama, secretario general de la CGIL durante mucho tiempo y actualmente miembro de la dirección del PCI, merece el honor de ser citado respecto a este tema. Según él, existen «los valores fundamentales de justicia, trabajo, libertad, igualdad, paz, valores que no han desaparecido porque no pueden desaparecer y que son los valores de cualquier utopía progresista de nuestro socialismo». (L'Unita, *11 de abril de 1986).*

(18). Ver L'Unita *del 16, 22 y 24 de abril de 1986. Añadamos que Natta y los suyos hablan normalmente de los Estados Unidos como de una potencia* "aliada". *Numerosas intervenciones en el debate y en el congreso utilizaron la fórmula* "democracia cristiana", *mientras que la expresión y el concepto de imperialismo sólo aparecieron excepcionalmente, normalmente en boca de partidarios de la izquierda. En la batalla contra la enmienda, muy moderada, de Luciana Castellina, el "leitmotiv" del ala derecha y de los centristas fue que no había que ser anti-americano.*

confirmarlo— en el mismo terreno que los socialdemócratas.

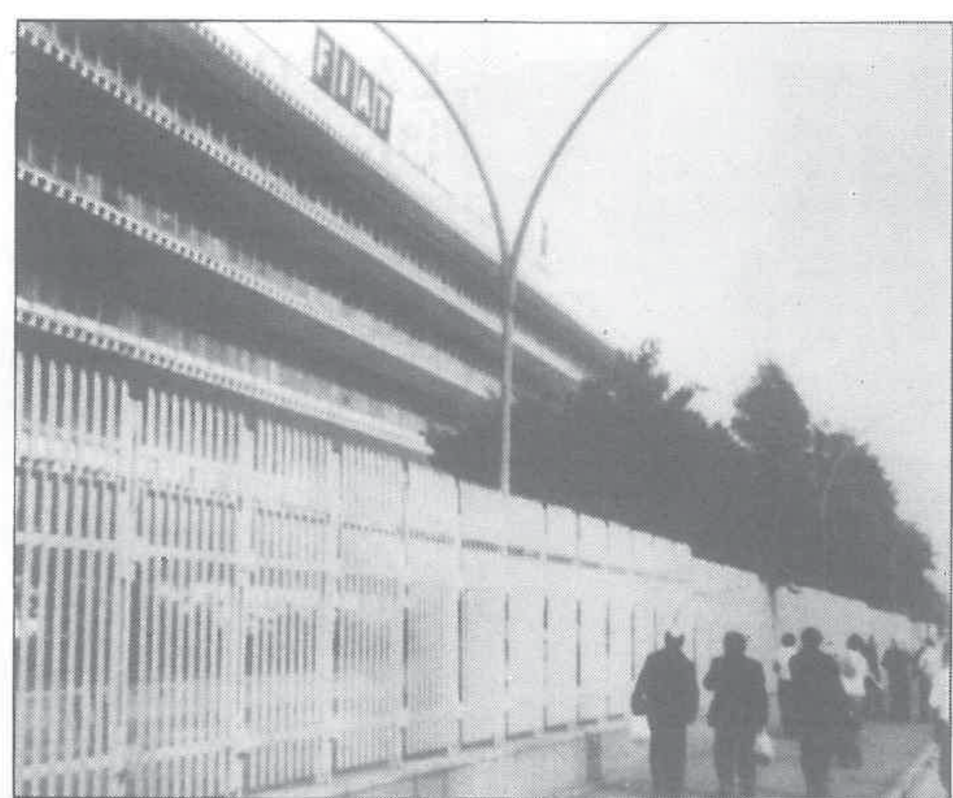
En primer lugar acepta sin reservas el marco del estado burgués y sus instituciones, así como los mecanismos fundamentales del capitalismo. En las regiones y ciudades en las que gestiona los poderes locales, toda su acción se inspira en dicha opción.

En segundo lugar, su perspectiva estratégica comporta —incluso en la actual vicisitud de la *"alternativa democrática"*— una colaboración a largo plazo con sectores importantes de la burguesía y con las fuerzas políticas que la representan.

En tercer lugar, la perspectiva de la *"superación"* del capitalismo no se abandona explícitamente (algunos de los partidos socialdemócratas tampoco la abandonan en sus proclamas generales), pero se remite a un porvenir indeterminado y, sobre todo, se concibe como finalización de una evolución gradual a muy largo plazo de las estructuras socio-económicas(16). Tras haber rechazado el *"modelo"* del *"socialismo real"*, no se ha avanzado ningún proyecto programático de estado obrero o de sociedad socialista, ni siquiera de forma muy general. Cuando los dirigentes o intelectuales del partido se enfrentan a esta problemática, no van más allá de proclamas huecas sobre la construcción de una sociedad justa, democrática, libre, en la que todos tendrían los mismos derechos y las mismas oportunidades, o de someras anticipaciones sobre las enormes potencialidades que ofrecen a la humanidad las nuevas tecnologías. Su enfoque metodológico recuerda tanto al social-liberalismo de los años 30, como al socialismo premarxista(17).

En cuarto lugar, el PCI acepta sin reservas la OTAN, defendiendo sus *"principios"* y su pretendida ideología defensiva. Sus críticas puntuales a tomas de posición o acciones de algunos de los países miembros no cuestionan en absoluto el respeto al marco político y militar de la Alianza. La agresión de los Estados Unidos contra Libia es un ejemplo significativo. El PCI condenó la acción de Reagan, pero aprobó sin reservas la línea adoptada por el gobierno italiano; hizo un llamamiento a respetar los *"principios"* de la OTAN y aprovechó la ocasión para proclamar su hostilidad a cualquier posición de *"neutralismo abierto o camuflado"*. La *"revisión de las relaciones en el seno de la alianza"*, por él preconizada, lleva a acrecentar el peso decisorio de los países imperialistas europeos(18).

Finalmente, la actitud del PCI respecto a la Unión Soviética es ya análoga a la de los partidos o corrientes socialdemócratas, que hacen hincapié en iniciativas de desarme y



de distensión, en el relanzamiento de una política hacia la Unión Soviética del tipo de la "Ostpolitik" de Willy Brandt a principios de los años 70. Las relativamente favorables apreciaciones planteadas sobre la actitud de Gorbatchev no comportan ningún giro respecto al *"desgarro"* subsiguiente al golpe militar de Jaruzelski. Por una parte, se trata de análisis semejantes a los de numerosos socialdemócratas o especialistas burgueses. Por la otra, estos análisis reflejan la filosofía general de los dirigentes del PCI, que no pueden concebir ningún cambio —la Unión Soviética incluída— al margen de una óptica reformista y gradualista.

Todo esto confirma sin ninguna ambigüedad que el PCI ya no se distingue cualitativamente de los partidos socialdemócratas, ni desde el punto de vista de sus concepciones ideológicas, ni por sus perspectivas estratégicas, ni por práctica política habitual. Sería absurdo referirse todavía, para caracterizar a este partido, a lo que fue en los años 30 ó 40. El peso de este pasado se borra ante 40 años de integración en el marco de la democracia burguesa. Después de todo, la degeneración reformista-gradualista de los partidos socialdemócratas clásicos sólo se produjo tras dos o tres décadas de integración en el estado y la sociedad burguesa, frecuentemente a niveles más modestos y de forma menos sistemática.

Hay que añadir que la aplastante mayoría de cuadros y militantes no ha conocido más que el período de la postguerra, mientras la experiencia de la lucha antifascista durante la guerra, y, con más razón, de las luchas de los años 30, sólo sobrevive en los recuerdos de los veteranos. En el congreso de Florencia la edad de cerca de la mitad de los delegados se situaba entre 30 y 40 años y un 20% de ellos tenían de 40 a 49 años. Un tercio de los delegados se afiliaron al partido entre 1969 y 1974. Esto quiere decir que la experiencia política de todos estos cuadros, que constituyen el esqueleto del partido, viene marcada no sólo por la acción sistemática, sin interrupciones, en el marco de la democracia burguesa, sino también por la evolución que el partido ha conocido respecto al stalinismo y a la Unión soviética desde 1956.

Para finalizar, a nuestro parecer sería erróneo pensar que la conclusión de su socialdemocratización, a la que asistimos actualmente, vaya a provocar fatalmente una gran crisis en el PCI. Dada la relación de fuerzas en el movimiento obrero italiano y el desgaste que el PSI sufre a causa de su práctica gubernamental, el PCI puede todavía pretender jugar, durante un período de tiempo, el papel de alternativa reformista creíble. En esta óptica, puede esperar razonablemente mantener su influencia e incluso volver a soldar temporalmente sus filas. Sólo en una perspectiva ulterior de crisis social y política sus contradicciones —las del reformismo— podrán explotar y crear condiciones nuevas para la recomposición del movimiento obrero. □

LA CRISIS DE LA OLP: UN BALANCE

Secretariado Unificado de la IV Internacional

Este documento es una resolución adoptada en la reunión del mes de junio pasado por el Secretariado Unificado de la IV Internacional.



1

Antes incluso de la creación oficial del Estado de Israel en 1948, la lucha contra la empresa de colonización sionista de Palestina, sobre todo desde la instauración del mandato británico en 1920, constituyó un elemento central de la lucha nacional árabe contra la tutela occidental. La guerra de 1948, entre el nuevo Estado y sus vecinos, iba a inaugurar la adopción directa del objetivo de la liberación de Palestina por parte de los Estados árabes. Sin embargo, la derrota sufrida por éstos suscitará una primera radicalización antiimperialista en la región, que conducirá a golpes de Estado nacionalistas en Egipto, Siria e Irak. Los nuevos regímenes proclamarán su determinación de vengar la afrenta de 1948, imputada a sus predecesores, tanto más en la medida que la participación del Estado de Israel en la agresión franco-británica contra Egipto en 1956, confirmará plenamente su papel de perro guardián del imperialismo en Oriente Medio.

Sin embargo, la impotencia manifestada por los regímenes nacionalistas frente a las provocaciones arrogantes de los sionistas, alimentará el escepticismo hacia ellos. Por otra parte, la salida victoriosa de la guerra de liberación argelina, en 1962, populizará las nociones de "lucha armada" y "guerra popular", e incitará a imitarla para liberar Palestina. Las diversas expresiones del movimiento nacionalista se organizarán con este fin. La Organización para la Liberación Palestina (OLP) será creada, bajo la tutela egipcia, por decisión de la primera cumbre árabe en 1964, con vistas a recuperar, en el marco de los Estados árabes, la nueva radicalización que se dibujaba. Las diferentes tendencias no estatales del movimiento nacionalista entrarán también en la competición. La más retrógrada ideológicamente de entre ellas, Al-Fatah, de inspiración islámica con orígenes integristas, tendrá el privilegio de inaugurar la lucha armada el 1 de enero de 1965. Esta práctica —a pesar de una ideología profundamente derechista, que rechazaba todo contenido social de la lucha— bastará para poner a Al-Fatah en ruptura con los regímenes árabes, excepto el más radical de entre ellos,

el de la izquierda del Baas que tomará el poder en Siria en 1966.

La derrota aplastante de los ejércitos árabes frente al ejército sionista en junio de 1967, acabará por desacreditar a estos regímenes y permitirá la segunda ola de radicalización desarrollarse, esta vez en el terreno del movimiento de masas. Las organizaciones de guerrilla, principales expresiones de esta nueva ola, designadas comunmente con el nombre de resistencia palestina, conocerán una muy fuerte expansión en 1968-69, sobre todo en Jordania. En 1969, tomarán el control de la OLP oficial completamente desbordada. Estas organizaciones serán las prolongaciones palestinas de las diversas tendencias del nacionalismo árabe burgués y pequeñoburgués: además del ya citado Al-Fatah, los principales serán la Saika baasista, estrechamente dependiente de Siria, y el FPLP de Habache, salido del Movimiento de los Nacionalistas Arabes naseriano. Este último conocerá una radicalización ideológica, producida por la crisis del naserismo consecutiva a la derrota egipcia de 1967. El FPLP acabará por reclamarse del "marxismo-leninismo", precedido en este camino, en 1969, por su escisión de izquierda, el FPDLP (más tarde FDLP) de Hawatmeh. Unicamente quedarán fuera del campo de la resistencia palestina, entre las corrientes antiimperialistas de la región, los stalinistas, a pesar de una tímida tentativa rápidamente abortada. Esto se explica por una doble razón: su tarea original de apoyo a la partición de Palestina en 1947 y su apoyo al "arreglo pacífico" previsto por la resolución 242 (noviembre de 1967) del Consejo de Seguridad de la ONU —posiciones que, ambas provenían exclusivamente de su dependencia de la URSS.

La irrupción de las organizaciones de la resistencia palestina en la escena regional y mundial, tras 1967, constituirá un hecho irreversible de un inmenso alcance político: la afirmación de la existencia de un pueblo, el pueblo palestino, al que el Estado sionista y su vecino jordano habían intentado borrar la identidad durante veinte años, transformándole en "Arabes israelitas" a un lado de la frontera y en "(cis)jordanos" en el otro. Por otra parte, en el seno de la tercera sección de este pueblo —los refugiados de los campos de (Trans)Jordania, del Líbano y de Siria, expulsados de las zonas ocupadas por el Estado sionista en 1947-48— es donde las organizaciones palestinas reclutarán el grueso de sus batallones. La OLP, reagrupando al conjunto de estas organizaciones a partir de 1969, se afirmará en el curso de los años como dirección de la lucha nacional del



conjunto del pueblo palestino, y, por consiguiente, la expresión de una identidad y de una dignidad nacionales agredidas durante mucho tiempo.

2

Más allá de la gran variedad ideológica de las organizaciones de la resistencia palestina —variedad entre organizaciones, y también en el propio seno de la más amplia de ellas, Al Fatah, donde coexisten corrientes que van desde el integrismo al maoísmo— todas tienen rasgos políticos y prácticos comunes, que constituyen de hecho, sus límites congénitos. Estos rasgos corresponden a dos características políticas:

El maximalismo: la liberación de Palestina, objetivo común ya presente en el nombre de todas las organizaciones palestinas, no puede ser asimilado a, por ejemplo, la liberación de Argelia. Si en este último caso, se trataba de un objetivo razonable respecto a la correlación de fuerzas sobre el terreno, en el caso palestino, el objetivo es de una envergadura que sobrepasa de lejos las posibilidades del pueblo palestino considerado aisladamente, tanto más en la medida que cerca del 60% de los palestinos residen fuera de su patria histórica, y están sometidos a diversos gobiernos árabes. Por otra parte, el apego a la "tierra prometida" de la población judía israelita —expulsada de sus países de origen por la opresión racista e implantada en Palestina por el movimiento sionista— no se puede comparar con la de los colonos europeos de Argelia que disponían de una "madre patria", Francia. Hay que añadir a esto que el Estado sionista, además del formidable poderío militar que le caracteriza, está considerado por el imperialismo americano como una parte integrante de su propio territorio. En estas condiciones, liberar Palestina en el sentido de lograr el desmantelamiento del Estado sionista, es una tarea de una amplitud considerable que no puede ser llevada a cabo únicamente mediante la "guerra popular" que proponen el conjunto de las organizaciones palestina.

Por ello, carente de objetivos transitorios del tipo de la retirada israelí incondicional de los territorios ocupados en el 67, la hegemonía de la resistencia palestina se limitará, durante sus primeros años, a la población de los campos de refugiados palestinos, receptivas al maximalismo por su situación social marginal. La propia concepción de la lucha armada palestina será modelada por las ilusiones maximalistas: no será considerada como elemento de una estrategia revolucionaria de conjunto, complementario de las diversas formas de movilización de las masas, sino "a la argelina", como medio adaptado al objetivo de liberación y capaz de alcanzarlo. Esto suponía condenarse a un callejón sin salida a corto plazo, que explica el recurso creciente de las organizaciones palestinas, desde 1968, a acciones de

tipo "terrorista", fuera del territorio palestino y de la región árabe.

El "palestino-centrismo": el corolario del maximalismo de la resistencia palestina es su incapacidad para integrarse en una estrategia revolucionaria regional global. La resistencia impulsada por las ilusiones engendradas por su crecimiento fulgurante de 1968-69, creyó en la posibilidad, incluso la proximidad, de su victoria contra el Estado sionista. Por consiguiente, una atención muy secundaria, en el mejor de los casos, a lo que hubiera debido ser su tarea prioritaria: la movilización de los aliados, sin los cuales su lucha no tiene ninguna perspectiva real de victoria.

Estos aliados son, en primer lugar, las masas trabajadoras de los países árabes y en particular las de los países en los que están concentrados los refugiados palestinos y donde se encontraban las bases de la guerrilla. Ahora bien, privilegiando de forma absoluta los intereses inmediatos de su propia acción —elección que se demostrará totalmente errónea— la OLP se acomodará a los gobiernos existentes en nombre de la lucha sagrada contra el enemigo nacional común, en vez de fusionar sus fuerzas con las de las masas trabajadoras para el derrocamiento revolucionario de los regímenes establecidos y la llegada de gobiernos realmente dispuestos a apoyar la lucha del pueblo palestino.

En segundo lugar, las masas trabajadoras judías, y principalmente las más oprimidas. La "desionización" de una fracción apreciable de la población judía israelita exige que se demuestre claramente, por una parte, la contradicción entre los intereses de los trabajadores judíos y los del sistema burgués sionista, y por otra la comunidad de sus intereses históricos con el conjunto de los trabajadores de la región. Estos dos objetivos políticos necesitan un tratamiento programático inaternacionalista de la cuestión israelita, reconociendo el hecho nacional creado por la colonización sionista, y una práctica política y militar que tenga en cuenta este tratamiento. Ahora bien, el comportamiento militar común a todas las organizaciones palestinas y su planteamiento político y programático predominante —salvo la excepción efímera y marginal del FPDLP— irán precisamente en el sentido contrario a las consideraciones precitadas.

La consecuencia más nefasta del palestino-centrismo de la resistencia palestina será su dependencia de los regímenes árabes. En efecto, tanto Al Fatah que erigirá la ideología oficial de la "no ingerencia en los asuntos internos de los Estados árabes", como las FPLP y FPDLP que se reclamaban de la revolución árabe —por no hablar de la Saika, emanación directa del Estado sirio—, todas las organizaciones palestinas se ligarán de entrada a tal o tal Estado de la región: el FPLP a Irak, el FPDLP a Siria y Al Fatah al conjunto de los Estados árabes, y, en particular, al más retrógrado de entre ellos, la monarquía saudita. Esta última eligirá inundar a su protegido de sumas fabulosas para un movimiento se-dicente revolucionario, con la intención evidente de controlarle por la "costumbre" de la riqueza que creaba en su seno. En un grado u otro, todas las organizaciones serán financieramente dependientes, a pesar de las tentativas de autofinanciamiento armado de una organización como el FPLP.

3

Al Fatah llevó el conjunto de los rasgos descritos anteriormente a su límite extremo. Favorecido por la elasticidad de su ideología, el prestigio debido a su papel de precursor, y "last but not least", medios financieros que sobrepasaban de lejos a los de sus concurrentes, Al Fatah se impuso muy pronto como organización mayoritaria y hegemónica de la resistencia palestina. Con su desarrollo, concretado en el enorme aumento de su ejército de "combatientes profesionales" y del número de beneficiarios de sus subsidios económicos por diversos conceptos, sufrió un rápido proceso de burocratización, alimentado por la profusión de sus recursos en el marco de un desbarajuste extraordinario. Este proceso se consolidará por la fusión en 1969, de las organizaciones de la guerrilla con la OLP que pasará así a estar bajo la hegemonía de Al Fatah. Esta fusión representaba el matrimonio de esta organización con la burguesía palestina representada en el seno del Consejo Nacional Palestino (designado, desde su creación, nunca elegido) así como su inserción oficial en la Liga de los Estados Arabes, en la que participaba la OLP, ella misma creación de la Liga.

El conjunto de la reacción árabe y palestina se volvió hacia la organización de Yasser Arafat, para "exorcizar" el peligro representado por el ascenso impetuoso del movimiento armado de los refugiados palestinos. Con ello, la dirección de Al Fatah será contínuamente tributaria del equilibrio eminentemente inestable entre la presión de las masas que encuadraba y las presiones de sus socios capitalistas árabes. Su aburguesamiento burocrático acelerado determinará sus decisiones, en última instancia, cada vez que está obligada a elegir entre presiones contradictorias.

Este fue especialmente el caso en Jordania, en 1969-71, donde la dirección de Al Fatah tomó la responsabilidad de reprimir toda intervención de sus competidores de izquierda en los asuntos políticos o sociales del reino, en nombre de la primacía absoluta de la "contradicción principal" con el enemigo sionista. Desarmó así moralmente a la resistencia palestina frente a la monarquía hachemita, que se preparaba con toda claridad para suprimir un movimiento armado de masas que había tolerado a su pesar y que era objetivamente contradictorio con su propio poder. La dualidad de poderes en Jordania no podía durar eternamente, a pesar de las ilusiones de coexistencia mantenidas por la dirección de Al Fatah. Y la única de las dos partes resuelta a zanjar esta dualidad en su favor era la monarquía hachemita. Así, cuando ésta lanzó su gran ofensiva contra la resistencia palestina en 1970, encontró frente a ella a una dirección de Al-Fatah sin firmeza, a la defensiva, y preocupada, además, de desmarcarse de sus competidores de izquierda, llegándoles a atribuir la responsabilidad de los enfrentamientos. Al desarme moral se añadirá el desarme material, cuando la dirección de Arafat aceptó desarmar las milicias, retirar los combatientes de las ciudades y aparcarlos en regiones aisladas de donde el ejército de Hussein no tuvo mucho trabajo para expulsarles en 1971, poniendo así fin a la presencia palestina armada en el reino. Esta grave derrota no era el resultado de una relación de fuerzas objetiva, sino claramente de una política, y esto es mucho más cierto porque no sólo la mayoría de la población civil de Jordania (Transjordania), sino también la de los soldados del ejército real, son de origen palestino.

El aplastamiento de la OLP en Jordania culminará el proceso de su degeneración burocrática: por la muerte en el combate de sus mejores combatientes, los más entregados a la causa de su pueblo; por la ruptura de sus lazos directos con la principal base de armas de la que disponía; por la desmoralización consecutiva a la derrota; y por el repliegue de sus instituciones, a un país, el Líbano, donde los privilegios burocráticos podían ser plenamente "consumados".

4

La transformación burocrática (burguesa para la dirección de Al Fatah) de las organizaciones palestinas debía acompañarse inevitablemente de una revisión programática. La derrota jordana será atribuída al "izquierdismo" y el maximalismo de los años de gloria, progresivamente puesto en cuestión. Se le añadirá, en teoría —se le sustituirá, en la realidad— un minimalismo mucho mejor adaptado a las aspiraciones de la nueva burocracia palestina. Habiendo adquirido ésta el carácter de un verdadero aparato de Estado "en el exilio" buscará en adelante el camino más corto para dotarse de un territorio propio en el que podría disfrutar sin trabas sus privilegios alimentados por el maná petrolero. El objetivo de liberación de Palestina se mantendrá como perspectiva lejana, teniendo más que ver con la utopía oficial que con el programa real. El nuevo objetivo inmediato, presentado como realista y realizable, será la instauración de un "Estado palestino independiente" en Cisjordania y Gaza, territorios palestinos ocupados por el ejército israelí en 1967. En el espíritu de sus adeptos, este nuevo objetivo era "realista" en la medida en que podía ser alcanzado sin vencer militarmente al Estado sionista: es decir, por medios políticos y diplomáticos, combinados con una lucha armada que perderá así su carácter fundamental para convertirse en un medio de presión complementario (la revisión afectaba al papel de la lucha armada y no a sus formas; estas han permanecido iguales hasta hoy).

El FPLP —cuya degeneración había tomado la forma específica de una stalinización y de un alineamiento con la URSS— será el primero en proponer la revisión programática. La dirección de Al Fatah, no optará abiertamente por esta revisión más que tras la guerra árabe-israelí de octubre de 1973. Juzgando entonces que las nuevas condiciones políticas creadas por la guerra —en particular, el refuerzo considerable del peso diplomático de los Estados árabes, debido al salto fabuloso de las rentas del petróleo, y la conferencia de Ginebra entre los beligerantes bajo el patronazgo de los USA y de la URSS— hacían plausible un "arreglo político" del contencioso arabe-israelí, la dirección de Al Fatah decidirá reivindicar su "parte del pastel" reclamando los territorios palestinos ocupados en 1967, cuya restitución por Israel constituye la condición sine qua non de cualquier "arreglo global". El programa del "Estado palestino" será adoptado por la OLP, dominada por Al Fatah, a partir de 1974. Esta adopción se hará, sin embargo, a través de formulaciones progresivas: del "poder nacional sobre todo territorio liberado" (1974) al "Estado independiente" (1977). Ahora bien, cualquiera que fuera su formulación, el nuevo programa se fundaba sobre un sofisma: en efecto, si el objetivo es ciertamente instaurar un poder nacional palestino, soberano e independiente, expresión parcial de la autodeterminación del pueblo



palestino en Cisjordania y Gaza —además del carácter completamente ilusorio de una pretensión a la independencia en un miniestado completamente atenazado por Israel, con la espalda dando a Jordania (Cisjordania) por un lado y al mar y al desierto del otro (Gaza), con Israel interpuesto entre los dos componentes—, es estrictamente imposible que este objetivo sea alcanzado por una retirada consentida (negociada) del ejército israelí de los territorios ocupados en 1967. En la hipótesis más "optimista", el Estado sionista consentirá en una retirada muy parcial de la Cisjordania —más de la mitad de cuyas tierras ya se ha apropiado— y de Gaza, con unas condiciones draconianas que harían de estos territorios algo nada mejor que "bantustanes" sudafricanos, y ello al precio de una capitulación política total de los Estados árabes, del tipo de la de Sadat.

El objetivo de una autodeterminación palestina real, incluso limitada a Cisjordania y Gaza, no puede ser "negociado" con el estado sionista: no puede sino imponérsele por la lucha. En este sentido, este objetivo cuyo interés es permitir una movilización más intensa de las masas palestinas de los territorios concernidos, así como ganar el apoyo de una parte no despreciable de la población judía israelita, adquiere un carácter transitorio. Completa la reivindicación de la retirada total e incondicional del ejército sionista de los territorios ocupados en 1967, y él mismo debe ser completado por esta otra determinación parcial del pueblo palestino que pasa por el derrocamiento revolucionario de la monarquía hachemita, segundo opresor principal de este pueblo tras el Estado sionista. Estas autodeterminaciones parciales son etapas transitorias hacia el objetivo estratégico de destrucción del Estado sionista que requiere las condiciones descritas más arriba (punto 2).

Incluso si la dirección de Al Fatah-OLP pretendía en 1974, adherirse a la interpretación "transitoria" del nuevo objetivo, el contexto político de su planteamiento no dejaba ninguna duda en cuanto a sus intenciones reales, orientadas hacia la "solución negociada". Esto es por otra parte lo que subrayará en aquel momento el FPLP, que romperá con las instancias de la OLP y fundará con otras organizaciones menores el Frente de Rechazo. La dirección de la OLP privilegiará cada vez más la acción diplomática, a partir de 1974, aprovechando las nuevas condiciones creadas por la guerra de octubre de 1973.

Su nuevo programa, mucho más "legítimo" a los ojos de Moscú, de los regímenes árabes y "no alineados", e incluso de sectores imperialistas, le permitirá ganar puntos en este terreno. Así es como la OLP "suavizada" será reconocida en 1974, por la cumbre islámica de Lahore y la cumbre árabe de Rabat como "única representante legítima del pueblo palestino". En materia de lucha antisionista, la resistencia palestina no había tenido nunca pretendiente a competidor desde 1967; a partir del momento en que la OLP se coloca en la perspectiva de la participación en un arreglo negociado, se enfrentará a la competencia —muy real— del poder jordano. De ahí la afirmación de su derecho exclusivo de representación del pueblo palestino, que sus diferentes Estados aliados, árabes, islámicos y otros, le reconocerán tanto más fácilmente cuanto que sabían pertinentemente que sólo la OLP podía representar, de forma creíble, a los palestinos en un arreglo negociado; es decir que sólo ella podía contribuir eficazmente a desactivar una de las cuestiones más peligrosas para la estabilidad del orden imperialista regional y mundial. En 1974 se establecerá igualmente la alianza privilegiada entre la OLP y la URSS que, años antes llegaba a calificar a Al Fatah de "aventurera" y de "trotskysta" (sic!).

5

La opción de la dirección de la OLP por una estrategia de arreglo negociado, incluso combinando diversas formas de lucha, conducirá inexorablemente a su evolución política ulterior: el propio objetivo del "Estado palestino independiente" no puede ser alcanzado únicamente por las fuerzas del pueblo palestino: entre la eventualidad de una retirada incondicional de los territorios ocupados en 1967 y su anexión formal, con la expulsión de la mayor parte de sus habitantes, el sistema sionista no dudará en elegir la segunda. Por ello la realización del objetivo anterior implica una dinámica de fuerzas en el sentido del objetivo estratégico máximo. Ahora bien, la dirección Al Fatah-OLP no estaba de ninguna forma dispuesta a buscar los medios de esta política, contradictoria con su naturaleza burocrática burguesa y su dependencia financiera de Arabia Saudí. En vez de buscar el apoyo de las masas trabajadoras de los países árabes y de Israel y de integrarse plenamente, sin ambigüedad, en la lucha mundial contra el imperialismo, la dirección Arafat buscará los medios de su propia política del lado de la reacción árabe, de los imperialismos europeos y de las fracciones sionistas "moderadas", con el objetivo prioritario de obtener el reconocimiento del imperialismo americano



—única potencia capaz de imponer al Estado sionista una "solución" contra su voluntad.

Sin embargo, la ambigüedad misma de las posiciones de la dirección de la OLP, combinando declaraciones antiimperialistas y guiños al imperialismo, refleja la ambigüedad de su posición sociopolítica de dirección burguesa tributaria del equilibrio entre el movimiento de las masas del que saca su fuerza política y los apoyos árabes del imperialismo de los que saca sus enormes recursos. Esta ambigüedad no podía de forma alguna satisfacer al imperialismo americano, y bastante menos aún al poder sionista. Por ello estos dos últimos buscarán incansablemente, por diversos medios, directos e indirectos, destruir el elemento más radical de toda esta ecuación: el movimiento armado de las masas palestinas, cuyo santuario principal tras 1971, era el Líbano.

Desde 1973, se había hecho evidente que el ejército reaccionario libanés era incapaz de acabar la tarea con sus propias fuerzas. Washington creyó conseguirlo añadiéndole las de las milicias cristianas reaccionarias. Estas serán lanzadas a la batalla en 1975, con el único resultado de suscitar una reacción nacionalista-confesional de la mayoría musulmana de la población libanesa, que conducirá al estallido del Estado libanés y al reforzamiento considerable del poder de la OLP en el Líbano.

Sin embargo la dirección de la OLP privilegiada a los diversos líderes musulmanes, tanto sunnitas como chiitas (¡Amal!) o drusos; en varias ocasiones, llegará a tender la mano a la extrema derecha cristiana con la esperanza de pactar con ella, aunque sin éxito.

Cuándo las fuerzas cristianas reaccionarias rozan la derrota total en 1976, Washington negociará con el poder sirio, prometiéndole no dejarle de lado en la búsqueda de una paz separada egipto-israelita, tarea en la que estaba trabajando Kissinger desde 1975. A cambio, Damasco se comprometió a salvar a los aliados libaneses del imperialismo y a restablecer el orden burgués en el Líbano. La tentativa siria chocará sin embargo con una muy fuerte resistencia de masas libanesas y palestinas; se saldará a pesar de todo con un dominio sirio sobre el conjunto del territorio libanés, al norte de la "línea roja" fijada por Israel, en virtud de un acuerdo establecido con la dirección de la OLP, bajo patrocinio saudí (conferencia de Ryad, octubre de 1986). Los regímenes árabes, en las vísperas de las presidenciales americanas, optaron por el atentismo.

El cambio vendrá de las elecciones israelitas en 1977, con la llegada al poder de los ultras del Likoud, dirigido por Begin. Cualquier perspectiva de "arreglo global" negociado se volvió caduca desde entonces, y Sadat se lanzó a su célebre "iniciativa de paz" que desembocó algunos meses más tarde, en septiembre de 1978, en los acuerdos de Camp David. Viéndose rechazada, por la fuerza de las cosas, al campo antiamericano, Siria restableció su alianza con la OLP y la izquierda libanesa, en detrimento del campo cristiano reaccionario. Ya no quedaba más que la intervención israelita directa como último recurso contra la resistencia palestina, aliada a la izquierda libanesa y Siria. Una primera invasión israelí, limitada al sur del Líbano, tendrá lugar en 1978, provocando la instalación de los cascos azules de la ONU en esta región. Estos, en lugar de hostigar a la OLP y a sus aliados, más bien les sirvieron objetivamente de escudo protector. Una segunda invasión, mucho más masiva y prolongada, se hizo necesaria; tendrá lugar cuando se reunan condiciones apropiadas: Reagan está en el puesto de mando en Washington y ha terminado la retirada israelí del Sinaí (abril de 1982), con lo cual no se crearán problemas a la "paz" egipcio-israelí.

6

El asedio de Beirut por el ejército israelí colocará a la dirección de la OLP ante una sola alternativa: o emprender una resistencia tenaz, que comportaba riesgos evidentes, pero también una posibilidad real de éxito, dado que el ejército israelí no era en modo alguno inquebrantable, como se demostrará inmediatamente con su hundimiento ante la resistencia de las masas del Líbano Sur; o realizar una capitulación política, para salvar los muebles... mudándose del país. Esta segunda opción —que la OLP estaba condicionada a seguir por su naturaleza sociopolítica— fue la que prevaleció desde los primeros días del asedio, cuando la dirección Arafat comenzó las negociaciones con el enviado de Reagan sobre las condiciones de evacuación de los combatientes palestinos de Beirut. Tras laboriosas negociaciones, la dirección de la OLP acabará por someterse a todas las condiciones americanas (plan Habib), incluyendo la intervención de tropas multiimperialistas. Obtendrá a cambio, la promesa de un reconocimiento por la administración Reagan de la necesidad de una retirada israelí de Cisjordania y Gaza, para establecer allí un "autogobierno palestino"

—con la condición expresa, impuesta por esta última, de que esta entidad estuviera ligada a Jordania. Esta nueva posición oficial americana, no estipulada por los acuerdos de Camp David, será proclamada el mismo día en que se acababa la evacuación de las tropas de la OLP en Beirut: fue el "plan Reagan" (1-9-82).

Al evacuar la capital libanesa, la dirección de la OLP perdía el último territorio en el que los combatientes palestinos podían actuar de forma autónoma, sobre todo teniendo en cuenta que había aceptado dispersarles en todas direcciones de la región árabe. Al hacer esto, había asumido el objetivo esencial de la ofensiva israelí-americana —minar la fuerza desestabilizadora del movimiento armado de las masas palestinas— sacando ella misma también su ganancia, al liberarse de la molesta presión que soportaba hasta entonces. En adelante, creerá tener las manos mucho más libres para ir hasta el fin de su opción política de los años 70; más allá, incluso, en la medida en que la lógica implacable de las claudicaciones la había conducido a abandonar el programa del "Estado palestino independiente" —que aparecía, a fin de cuentas, como casi tan poco "realista" como el maximalismo de antaño— a cambio de la "opción jordana" dictada por Reagan. Cuando algunos días después del discurso-plan de este último, el rey Hussein le hará eco proponiendo el establecimiento de una "confederación jordano palestina", Arafat no dudará responder favorablemente a la invitación, yendo él mismo a Aman para entablar negociaciones sobre las modalidades de su nueva colaboración con la monarquía hachemita.

Incluso tras Beirut, y en el marco de una política burguesa, la opción jordana no era la única que se ofrecía a la dirección Arafat. Había también otra opción aún posible: la opción siria, pero ésta suponía el enfrentamiento con Washington, en continuidad con los años precedentes a la invasión de 1982 (el plan Reagan no mencionaba ni tan siquiera la meseta siria del Golan, ocupada por Israel en 1967). Esta última opción significaba también, para la dirección de Arafat, aceptar la tutela siria y dejar para las calendas griegas la perspectiva de dotarse de un Estado propio, aunque fuera en copropiedad con Jordania. Con una cierta ingenuidad derechista, Arafat creerá en las promesas del plan Reagan. Elegirá pues integrarse en la opción definida por éste, y llegará a un proyecto de acuerdo con Hussein en abril de 1983. Sin embargo, Arafat sabía que su nueva opción suscitaría una vasta oposición: la de Siria, de entrada, así como la de Libia, ambas opuestas a la política americana; la de la izquierda palestina después, incluída el ala nacionalista radical de su propia organización, Al Fatah.



Tomará pues, deliberadamente la decisión de romper los puentes con los adversarios más resueltos de la opción jordana, desde mayo de 1983, para poder ir adelante en sus relaciones con Hussein. Los enfrentamientos que siguieron, con Siria y sus aliados palestinos, conducirán a la evacuación de los partidarios de Arafat de los territorios libaneses que habían quedado bajo control sirio en diciembre de 1983. Al dejar Trípoli, (Líbano Norte), Arafat se desplazará directamente a El Cairo para encontrarse allí con el presidente egipcio Mubarak, rompiendo así el boicot árabe oficial al régimen egipcio, establecido tras la firma por Sadat de su tratado de paz con Israel. Arafat indicaba así, sin la menor ambigüedad, que había elegido colocarse en el marco de la política americana en Oriente Medio. Aún tenía que esperar que los esfuerzos combinados de Mubarak, Hussein y del rey saudí Fahd, consiguieran obtener su reconocimiento oficial por Washington, en recompensa de su actitud.

7

La oposición palestina más radical a la nueva política de la dirección Arafat provendrá de las propias filas de Al Fatah. La "disidencia" como es comunmente denominada, representa de hecho la prolongación radical de la línea de Al Fatah de los años 1967-78. Es decir, que reproduce los rasgos originales descritos más arriba (punto 2), pero de forma más consecuente que Al Fatah de esa época (que se ligaba a la Arabia Saudí y contemporizaba con Jordania, regímenes estrechamente conectados con el mismo imperialismo que el conjunto de la resistencia palestina designaba como enemigo, al mismo nivel que el Estado sionista). Es decir, la disidencia de Al Fatah, cuya figura más sobresaliente es Abu Mussa, no constituye, de ninguna manera, una vía nueva para la resistencia palestina, sino que reproduce sus taras congénitas. Esto se traduce, en particular, en su actitud hacia el régimen sirio (y de su instrumento palestino, la Saika) de la que no ha sabido desmarcarse política y prácticamente, bajo pretexto de "alianza estratégica". Ahora bien, a pesar del interés indudable para una organización armada palestina, que opera a partir del Líbano, de establecer una alianza con el régimen sirio, esta alianza se podría mantener a nivel de una táctica de frente único, a la vez que se preserva una autonomía política que se expresaría por una diferencia subrayada, en lugar de borrada, como es el caso.



Este tipo de alianza sin compromisos fue practicada por la OLP en su conjunto entre 1977 y 1982, con un régimen sirio cuyas fuerzas controlaban directamente una porción bastante más grande del territorio libanés (incluyendo Beirut Oeste y la zona del alto mando palestinos) del que controlan hoy. Suponiendo que Damasco se negara ahora a acomodarse a una alianza así y buscara imponer su hegemonía por la fuerza, la izquierda palestina habría tenido aún la posibilidad de construirse a pesar de la represión siria. Esta no ha podido impedir a la corriente "arafatista" reconstruirse en el Líbano, incluso llegar a afirmarse de nuevo como la corriente mayoritaria en el seno de la población palestina del país. Ahora bien, evitando cualquier problema con el régimen sirio, la disidencia se compromete no sólo a los ojos de las masas sirias, sino también y sobre todo a los ojos de la mayoría de las masas palestinas, sin cuyo apoyo perdería su razón de ser.

Por lo que se refiere a la izquierda tradicional de la resistencia palestina, —FPLP y FDLP, reunidos en 1983 en "dirección común"— adoptará, al comienzo del conflicto entre Arafat y sus adversarios, una actitud conciliadora, en armonía con la de la URSS, preocupada por no romper los puentes con la dirección oficial de la OLP, con la esperanza de verla abandonar la opción jordano-americana, por convicción o por despecho. Esta actitud será atacada severamente por el comportamiento de la dirección Arafat que, arrogantemente, convocará unilateralmente el CNP —cuya composición por designación siempre le ha asegurado una mayoría confortable desde 1969— a reunirse en Aman (elección elocuente en sí misma) en noviembre de 1984, invitando al rey Hussein, el verdugo de 1970, a inaugurarlo. La alianza entre el FDLP y el FPLP se romperá, como consecuencia de la decisión de este último de distanciarse de la desacreditada actitud conciliadora y unirse a la disidencia del Fatah, la Saika y otras organizaciones menores para la formación del Frente de Savación Nacional Palestino, frente nacionalista bajo tutela siria. El FDLP, en alianza con el PC palestino, seguirá fiel a la URSS que si bien manifestará cada vez más su descontento hacia Arafat, no querrá perder la esperanza de recuperarlo o, al menos, recuperar la OLP oficial que dirige.

8

La importancia de la OLP de Arafat a los ojos de la URSS no proviene únicamente de su estatuto oficial de "representante legítimo del pueblo palestino" que Moscú contribuyó a establecer en la ONU y que podría permitir a Arafat avalar una paz americana. Proviene también, y sobre todo, del hecho innegable de que a este estatuto corresponde el apoyo de la mayoría del pueblo palestino a la dirección Arafat, y particularmente de la mayoría de la población palestina de Cisjordania y Gaza. En efecto, el único aspecto relativamente positivo del giro de la dirección de la OLP en 1974 había sido el interés acrecentado concedido a la movilización de las masas de los territorios ocupados en 1967, reivindicados en lo sucesivo por la dirección palestina para establecer en ellos un "Estado independiente". El nuevo programa de la OLP, a pesar de sus corolarios derechistas (y no hay que olvidar que éstos no eran explícitos al comienzo), era mucho más apto para ganar la mayoría de los habitantes de estos territorios que el maximalismo precedente. En efecto, el interés inmediato y prioritario de estas poblaciones es desembarazarse de la ocupación israelí: están pues —excepto una minoría radical crítica —sobre todo la juventud— presionadas naturalmente a optar por lo que les parece ser el camino más corto hacia la liberación de su territorio del yugo israelí, aunque ese camino sea jordano, palestino o desde 1983, jordano-palestino. A esta presión objetiva, se añaden factores sociales y materiales que ligan a una fracción de los notables palestinos al trono hachemita, y a otra fracción a la dirección de la OLP, disponiendo cada fracción de su propia clientela.

Ahora bien, a pesar del acuerdo Hussein-Arafat, oficialmente sellado

en febrero de 1985, la rivalidad entre las dos partes no ha dejado nunca de manifestarse en los territorios de 1967. Más precisamente, la monarquía hachemita no ha dejado un solo instante de maniobrar sus propios peones de forma autónoma, con la colaboración de hecho de sus viejos interlocutores, los laboristas sionistas vueltos al gobierno en 1984 bajo la dirección de Peres. La colusión entre los dos se traducirá por la nominación del hombre de negocios pro-hachemita, Zafer Al-Masri, a la municipalidad de Napluse reemplazando al nacionalista Bassam Chakaa, destituido por el ocupante israelí en 1982. A esta operación política que estaba previsto generalizar en Cisjordania, se añadirá en febrero de 1986, el anuncio por Hussein de la ruptura de su colaboración con la dirección de la OLP, acusada de tergiversación.

Sin embargo, el asesinato de Al-Masri en marzo parece haber hipotecado —por un tiempo— la maniobra conjunta de Peres y Hussein, sin impedir a este último ir adelante, suscitando, en abril, una "escisión" palestina a su sueldo, bajo la dirección de uno de los dirigentes más corruptos de la OLP, Aboul-Zaim.

Así, la dirección de Arafat se encuentra como perdedora en todos los terrenos, caída en la trampa de su propia traición nutrida por sus ilusiones. Argelia, con la bendición de la URSS, le ha tendido un cable, llamando a la reunificación de la OLP. Este llamamiento puede seducir a algunos de los colaboradores más reticentes de Arafat, pero éste —jugándose el todo por el todo— ha preferido volverse hacia Mubarak y Sadam Hussein (el dictador irakí), sus aliados privilegiados en este momento, así como hacia el rey Fahd, su apoyo de siempre, para presionar sobre el poder jordano y obligarle a acomodarsee de nuevo. Sabe, en efecto, que, contrariamente al rey Hussein para el que es un competidor directo, los demás dirigentes de la reacción árabe tiene aún necesidad de él como aliado político. Ellos tampoco dejan de presionarle para que vaya hasta el fin de su claudicación, reconociendo oficialmente la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU (noviembre 1967) como exige Washington, lo que equivaldría a lanzar su última carta, gesto para el que reclama la garantía formal de un reconocimiento americano como contrapartida... Cualquiera que sea la salida de estos tratos, el balance de la dirección de Arafat es ya el de un fracaso total en la vía reaccionaria que deliberadamente ha elegido.

9

Tras veinte años de existencia, la resistencia palestina vive hoy una crisis muy profunda. Ninguna de sus componentes incluyendo las de izquierda, está en condiciones de superar esta crisis. Esto exigiría, de hecho, un cambio radical de estrategia y de comportamiento, mientras que, en el mejor de los casos, la izquierda palestina representa la continuidad del pasado en su programa y sus formas de existencia.

Únicamente la emergencia de una corriente proletaria revolucionaria en el seno de la lucha palestina, en íntima relación con el movimiento proletario revolucionario de los países en que se manifiesta, permitirá a esta lucha salir de su callejón sin salida histórico actual. La lucha nacional del pueblo palestino no podrá triunfar mas que combinándose con la lucha de clases en la región y dotándose de una orientación internacionalista.

La Cuarta internacional —contrariamente al movimiento stalinista mundial— ha denunciado siempre la acción sionista en Palestina y defendido el derecho del pueblo árabe palestino a la libre autodeterminación. Siempre ha apoyado las luchas de las masas palestinas contra el sionismo, el imperialismo y sus aliados arabes, independientemente de la naturaleza de las direcciones de estas luchas. Este apoyo no impide criticar tanto la política reaccionaria de la dirección Arafat como el terrorismo ciego y sistemático practicado por un grupo como el de Abu Nidal, y más generalmente aquellas caracteristicas y posiciones de las organizaciones palestinas cuya superación es necesaria en interés del propio pueblo palestino.

En todo el mundo, y particularmente en los países imperialistas, la Cuarta Internacional defiende el derecho de todas las organizaciones palestinas a disponer de oficinas de representación y de gozar de una entera libertad de expresión. Defiende igualmente a los militantes palestinos contra la represión burguesa, sin por ello solidarizarse necesariamente con todas las acciones de estos militantes o las que les son atribuidas. A la vez que critica las acciones que son muestra de un terrorismo ciego y que dañan fundamentalmente a los intereses de la lucha palestina, la Cuarta Internacional denuncia los verdaderos terroristas, asesinos, es decir, los Estados imperialistas, con los EEUU a la cabeza y al Estado israelí. El ciclo de violencia nacido en Palestina, con la colonización sionista no se acabará mas que cuando toda forma de opresión nacional haya sido allí abolida, cuando toda discriminación nacional o religiosa haya sido suprimida; es decir cuando triunfe el internacionalismo proletario, para cuya defensa fue fundada la Cuarta Internacional.□



LAS ANTINOMIAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Perry Anderson

Este artículo es una transcripción —con leves retoques gramaticales— de una grabación de la conferencia que pronunció Perry Anderson el pasado 6 de marzo en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Autónoma de Madrid. Los primeros minutos de la conferencia no quedaron grabados por lo cual nos vemos obligados a resumir su contenido a partir de notas tomadas por asistentes al acto; esta parte del texto figura entre paréntesis y en cursiva. Pese a estas deficiencias, hemos considerado útil ofrecer a nuestros lectores este brillante análisis de la socialdemocracia.

[El fracaso de la socialdemocracia en la consecución del objetivo de la construcción del socialismo no puede comprenderse solamente por la propia dinámica de la sociedad capitalista en general, por las leyes que rigen el movimiento del modo de producción, sino también por los propios errores teóricos de la socialdemocracia clásica que pueden resumirse en tres. El primero, la ilusoria creencia en la posibilidad de construir el socialismo sin utilizar para ello como herramienta fundamental la vía de la movilización de masas, "desde abajo". Los partidos de la II Internacional consideraron la posibilidad de una revolución "por arriba", utilizando para ello el parlamento y las instituciones del Estado burgués capitalista, como si fuera una máquina neutral, susceptible de ser utilizada al servicio de intereses de clases antagónicas. En segundo lugar, su estrecha concepción de las leyes que rigen el movimiento de la economía capitalista, que les llevaba a considerar que la eficiencia en el funcionamiento del sistema, la igualdad económica y la mayor prosperidad general podían ir de la mano].

No es un accidente que esta perspectiva idílica no se haya concretado jamás, puesto que desconoce la diná-

mica de la acumulación de capital en una economía de mercado en su conjunto.

La vitalidad y prosperidad de un orden basado en la libre empresa depende del nivel de la inversión privada que mantiene. Cualquier intromisión seria en las prerrogativas del capital en un sector, repercute inevitablemente a través del conjunto del sistema, desencadenando un mecanismo reactivo en todos los demás sectores, es decir, una crisis de confianza cuyos rasgos invariables son el atesoramiento, la fuga de capitales, la desinversión.

Sectores de la propiedad privada de los medios de producción no pueden desgajarse pacíficamente en unidades desmontables, como si el modo de producción capitalista fuera un mero tabique pasivo sosteniendo unas estanterías.

Unas medidas genuinamente socialistas —es decir, tomadas a una escala que desborde los límites puramente formales, afectando a industrias enteras y no sólo a algunas empresas; a sectores rentables, en vez de a los deficitarios; a productores de bienes finales en vez de a los de insumos; con confiscación y sin indemnizaciones— medidas de estas características serían necesariamente la señal para una guerra entre las clases, en la que el capital va a actuar con todas las armas económicas que posee, ya que la economía global continuará siendo por definición capitalista. Las consecuencias de desinversión como represalia de la burguesía, serán necesariamente un aumento del desempleo, una depreciación de la moneda, una caída del nivel de vida, una amplia carestía,..., en otras palabras, exactamente lo contrario de la perspectiva socialdemócrata. No hay modo de evitar una crisis de este tipo en un país capitalista avanzado.

Si se quiere comenzar en serio una transición al socialismo, no es posible reemplazar un sistema económico altamente integrado y completo por otro, sin un desgarro drástico de los mecanismos normales de reproducción social. No existe ninguna escapatoria "blanda" de la lógica implacable de un cambio tan básico como el que va de la propiedad privada a la propiedad colectiva de los medios de producción. El sueño de una socialización sin costos sociales solamente sirve para desposeer, no a la burguesía de su capital, sino a la socialdemocracia de sus ministerios.

Llevada hasta este punto, la vía parlamentaria se cierra: las tasas de ganancia se derrumban, los circuitos del capital se paralizan y el apoyo electoral a la socialdemocracia se contrae, en vez de ampliarse, en condiciones cada vez peores para todos.

La tercera realidad que ignoraba la socialdemocracia clásica era, por supuesto, la integridad del propio Estado capitalista. Se concebía al Parlamento como una sala de control legislativo que mandaba sobre los aparatos ejecutivos de la administración. Así, la socialdemocracia asumía que el Estado existente era un instrumento neutro, capaz de realizar distintas políticas de clases. Un "burro obediente", según la famosa fórmula de la socialdemocracia alemana de la "belle epoque".

En este terreno, la ilusión era doble. Por una parte, se aceptaban y exaltaban los aparatos representativos del Estado capitalista (municipios, asambleas elegidas,...) como encarnaciones de una democracia aclasista. De este modo quedaba suprimida la consideración de la desarticulación estructural de estas instituciones respecto a la lucha de clases (diputados no revocables, distritos electorales puramente territoriales, consultas cada quinquenios o aún más infrecuentes,...). A la vez, los aparatos represivos y reguladores del Estado capitalista (Fuerzas Armadas, policía, burocracia,...) eran excluídos también del campo de visión política de la socialdemocracia y eran considerados como meros servidores de la voluntad popular. Pero la realidad es que el centro de gravedad de los Estados burgueses se sitúa siempre en estos aparatos, más que en las instituciones representativas, a las que flanquean. Y estos aparatos, ni siquiera están sometidos a la alternancia formal de las mayorías electorales y sus cuadros organizadores se reclutan masiva y permanentemente en las clases poseedoras.

Si la fuerza del Capital frente a un verdadero programa de socialización de la economía se localiza, en sentido negativo, en la Bolsa, los mercados financieros, etc., su fuerza en sentido positivo se ha localizado siempre en el núcleo coercitivo del Estado, las fuerzas militares y paramilitares del orden burgués. En cualquier afrontamiento social decisivo, estos aparatos represivos, necesaria e invariablemente, desplazarán a los aparatos representivos del puesto de vanguardia como los guardianes determinantes de la propiedad privada y la sociedad civil burguesa.

De la teoría a la práctica

Así, la esperanza en una transición paulatina al socialismo naufragaría fatalmente en la unidad dinámica de la acumulación capitalista. El sueño de una transición pacífica iba a quebrarse inevitablemente contra la



barrera, más o menos escondida, de los regimientos y guardianes burgueses situados en la base de parlamentos y presidentes.

El capitalismo no habría triunfado en ningún país importante del mundo sin una revolución popular violenta con insurrecciones y guerras civiles. Así sucedió en la revuelta de los Países Bajos, la guerra civil inglesa, la guerra de la independencia de los EEUU, la revolución francesa, las guerras de unificación en Alemania, el resurgimiento italiano, etc. Sin embargo, su victoria sobre el feudalismo significó solamente la transformación de una forma de propiedad privada en otra. No era por ello verosímil que la victoria del socialismo sobre el capitalismo —que supone un cambio histórico mucho más profundo, o sea la sustitución de la propiedad privada por la propiedad colectiva de los medios de producción— pudiera ser lograda con menos convulsiones políticas y sociales.

Pero, ¿cuál fue la actuación efectiva de la socialdemocracia clásica a la luz de sus concepciones teóricas?. En la práctica, la socialdemocracia fue pronto consciente de las realidades que ignoraba su doctrina formal. La hora de la verdad varió de un país a otro, pero en general se concretó casi siempre ante una irrupción en escena de las masas, imprevista y tumultuosa, y no parlamentaria, que la obligó a definir su actitud hacia el capitalismo de un modo más realista.

La revolución de noviembre de 1918 en Alemania o la huelga general inglesa de 1926 fueron ejemplos de estos momentos claves. Enfrentada con ataques populares directos, desde abajo, contra el viejo orden que amenazaban con llegar a una colisión frontal, y al mismo tiempo, comprobando la capacidad burguesa de resistir contra estos ataques, la socialdemocracia descubrió el realismo. Dejó de creer en la posibilidad de una transición parlamentaria al socialismo. Y en vez de abandonar el Parlamento, renunció al socialismo.

A partir de los años 20, ningún partido socialdemócrata en la Europa del Norte ha mostrado nunca el más mínimo interés real en abolir la propiedad privada de los medios de producción, ni ha defendido programas que siquiera se aproximaran a este objetivo. La distancia entre las principales organizaciones de la II Internacional y cualquier perspectiva de este tipo se demostró 50 años más tarde, cuando un partido socialista trató por una vez de realizar algo parecido al guión original; es significativo que el PS chileno rechazara entrar en la II Internacional porque no la veía ya como una fuerza anticapitalista. Ahora todo el mundo sabe el resultado de la experiencia de los socialistas chilenos en el poder: el gobierno de Allende trató realmente de inaugurar una transición legal y gradual al socialismo. Y ¿qué sucedió?. Exactamente las tres realidades básicas que la socialdemocracia clásica había ignorado precipitó la experiencia de la "Unidad Popular" en el desastre. En primer lugar, las masas chilenas no pudieron ser metidas dentro de los cauces parlamentarios; sus presiones desbarataron los planes de la UP. En segundo lugar, la economía chilena sufrió una caída de producción; la burguesía local saboteaba la producción y la inversión y sus aliados internacionales torpedearon el

comercio, el crédito, desencadenando la penuria y la inflación. Finalmente el Ejército chileno barrió el parlamento, aplastó a la UP y a las propias masas con su fuerza contrarrevolucionaria.

Nunca ocurrió nada parecido a esta secuencia de acontecimientos en la Europa del Norte; ahí los partidos de la II Internacional abjuraron de antemano de esa línea; su práctica gubernamental fue muy diferente.

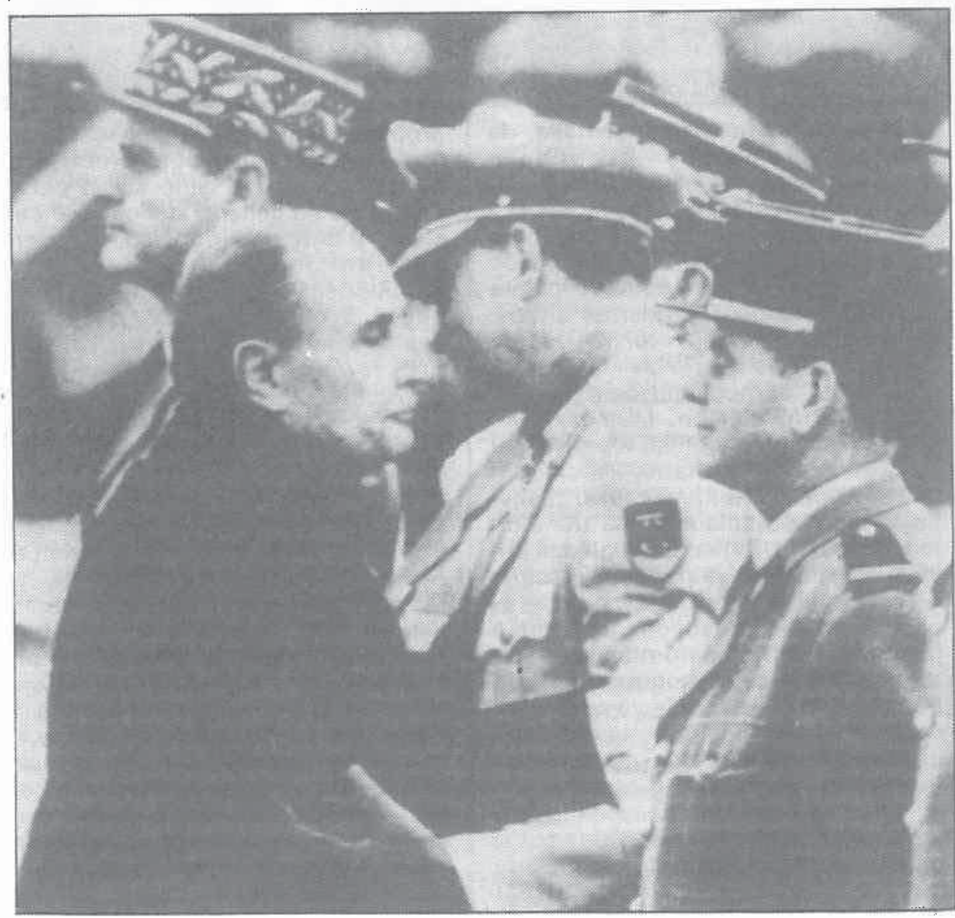
En el período de entreguerras, se limitaron a realizar reformas sociales menores y tentativas ineficaces; fortalecieron la ortodoxia financiera neoclásica,..., y en pocas palabras, continuaron la política del liberalismo de la "belle epoque". Durante la recesión, se aplicó en Suecia una política algo menos convencional para mantener el empleo, pero sin crear el menor sector público. Ni una compañía civil privada fue nacionalizada por ningún gobierno socialdemócrata antes de 1939 en la Europa del Norte.

De Marx a Keynes

Solamente después de la 2ª guerra mundial, la socialdemocracia descubrió un horizonte nuevo: la teoría económica keynesiana emergió para cuadrar el círculo que ella había intentado conseguir en vano. La manipulación anti-cíclica de la demanda podía restaurar la tasa de ganancia del capital y a la vez subir el nivel de vida real de las masas, por medio de una expansión del consumo interno, a través de los gastos de un Estado aparentemente neutral. A partir de ahora, el bienestar sustituyó a la socialización como principio real de la política socialdemócrata. Se trataba de realizar un complemento al mercado, no una alternativa a él. Durante los 25 años de expansión capitalista inédita, gobiernos socialdemócratas, que ahora podemos considerar "típicos", administraron el pleno empleo y servicios sociales muy avanzados en sus países. La nacionalización fue relegada a industrias deficitarias cuya función era suministrar insumos baratos para la acumulación privada: así no se establecía una "mezcla" de sector público y privado en el funcionamiento de la economía burguesa, sino que se organizaban sus márgenes. Por otra parte, el modelo de más éxito de la experiencia socialdemócrata, Suecia, prescindió casi por completo de nacionalizaciones.

El capitalismo fue a la vez suavizado y fortalecido por estos administradores, cuyas realizaciones deben ser enfocadas sin ilusiones, ni menosprecio.

La presencia de gobiernos socialdemócratas en el timón del Estado no fue la determinación primaria de la mejora relativa de las condiciones de vida de las masas en los países capitalistas



avanzados en estos años. Hubo transformaciones mucho mayores en los niveles de vida de los explotados en Japón o España, bajo gobiernos conservadores o fascistas, que en Noruega o Inglaterra bajo gobiernos laboristas. Lo decisivo fue la tasa de crecimiento global del capitalismo nacional de que se trate. Y, a fin de cuentas, el keynesianismo no fue una creación de la socialdemocracia, sino del liberalismo burgués y podía ser utilizado por cualquier régimen capitalista de la época. Y la primera gran experiencia práctica se dio en la Alemania nazi, con los aplausos del propio Keynes en la edición alemana de su obra maestra.

Pero lo que sí realizó la socialdemocracia en estos años fue la construcción de un Estado del bienestar incorporando avances materiales reales para las clases trabajadoras en salud, vivienda, educación, pensiones, etc., que hasta la fecha no tienen equivalente en los países capitalistas avanzados sin la presencia de partidos socialdemócratas en los gobiernos.

Por otra parte, la socialdemocracia, incluso cuando más trató de transformarse en un partido populista, conservó un sentimiento de identidad de clase, que sobrevivió y sobrevive a todos sus abandonos de los ideales políticos del socialismo. En este sentido, es significativa la situación en EEUU donde en ausencia de una socialdemocracia a escala nacional ha faltado al proletariado americano cualquier sentimiento de constituir una clase separada comparable a la situación europea.

Pero más allá de estas dos realizaciones básicas, el balance de la actuación de la socialdemocracia de la Europa del Norte ha sido de una mediocridad y conformismo generalizado. Ningún partido socialdemócrata ha creado jamás un sector público amplio como el PRI en México ni ha redistribuído el ingreso nacional de un modo efectivo como el peronismo en Argentina. Hace 80 años los partidos socialdemócratas de la Europa del Norte surgieron para cambiar la sociedad capitalista en una sociedad socialista. Hoy resulta evidente que estos partidos no han efectuado ningún cambio cualitativo en la sociedad; por el contrario, es la sociedad burguesa la que ha impuesto cambios cualitativos en estos partidos, neutralizándolos y absorbiéndolos como meros amortiguadores del statu-quo capitalista, en contradicción completa con sus metas originales. Hay aquí un contraste histórico profundo con los partidos herederos de la III Internacional que cambiaron la faz del mundo en la tercera parte del globo.

La crisis del capitalismo keynesiano de los años 70 detonó fatalmente



una crisis de la socialdemocracia de la Europa del Norte. Hacía ya tiempo que habían sido abandonadas las políticas de nacionalizaciones; ahora la inflación y la recesión se instalaban, aumentaba de nuevo el desempleo y ganaban influjo teorías económicas monetaristas. Las políticas de bienestar tenían que ser desechadas. El declinar de la socialdemocracia británica y alemana en los años 70, sus salidas sumarias del gobierno después de experiencias gubernamentales desmoralizadas, fue el ciclo más claro de un creciente atolladero regional.

Hoy las direcciones mayoritarias de la socialdemocracia del norte no tienen recetas originales propias para la crisis del capitalismo avanzado. Oscilan entre el monetarismo fridmaniano y ráfagas de su pasado keynesiano.

Los partidos clásicos de la Internacional Socialista se encuentran hoy en su mayor parte desorientados política e ideológicamente. Habrá sin duda recuperaciones electorales, pero no hay todavía señales de que las direcciones socialdemócratas tradicionales puedan encontrar fácilmente una brújula para el futuro comparable con la gloria perdida con el declinar de la fórmula keynesiana.

Sin embargo, la socialdemocracia como fenómeno internacional no está en modo alguno en retroceso. Por el contrario, está conquistando nuevos terrenos y ganando nuevas simpatías en otras partes del mundo. ¿Cuáles son las razones para ello?.

Las antinomias Norte/Sur

Como hemos visto, la socialdemocracia clásica fue esencialmente una creación de la Europa del Norte. Las sociedades donde floreció eran las más avanzadas económicamente y las más prósperas del continente. Inglaterra, Bélgica y Alemania eran los tres grandes éxitos de la industrialización europea del siglo XIX. Escandinavia y Holanda eran su periferia privilegiada. En estos países, la clase obrera industrial era o más fuerte o más numerosa que en cualquier otro país (como ocurría en Inglaterra o Alemania), o gozaba de alianzas sociales favorables con una población rural de pequeños campesinos independientes (caso de Escandinavia), dentro de un orden político donde el liberalismo constitucional y el sufragio universal llegaron relativamente temprano.

Fue esta configuración la que produjo los partidos socialdemócratas de masas que ha dominado los movimientos obreros de estos países hasta la fecha, llegando en el caso de Alemania a resurgir inalterado después de las devastaciones del III Reich.

En la Europa del Sur la industrialización arrancó en general más tarde o más despacio, en un ambiente mucho menos propicio al movimiento obrero. Un capitalismo urbano más atrasado o viscoso se desarrolló junto a una retaguardia rural de campesinado y clero más conservadora. Lo que resultó fue una correlación de fuerzas completamente distinta. Por un lado, la clase obrera generaba tradiciones políticas más revolucionarias que en el Norte reformista; por otro lado, el peso del bloque dominante con su componente ultramontano y reaccionario era proporcionalmente mayor. Y así mientras que en los países del Norte vivieron períodos extensos de gobiernos socialdemócratas durante el largo auge del 47 al 72, dentro de un marco de alternancia regular de partidos en el gobierno, los países del Sur no vivieron ninguna experiencia parecida, ni de alternancia partidaria, ni de administración obrera reformista de cualquier tipo. España fue regida por la dictadura franquista hasta el 75, Portugal por el régimen salazarista hasta el 74, Grecia sufría bajo su régimen militar hasta el 74, Italia era gobernada por coaliciones democristianas ininterrumpidas, Francia fue sometida al dominio incontestado de régimen de De Gaulle y sus aliados durante más de 20 años. En todos

estos países, fueron partidos comunistas, y no los socialdemócratas quienes organizaron y representaron al grueso de la clase obrera en esta época. Pero a la vez, estos PCs eran reprimidos o empujados al ghetto en estos años.

De los años 50 en adelante los países de la Europa del Sur conocieron un desarrollo económico generalizado y muy rápido, que transformó tanto los niveles de vida como las expectativas de las masas populares. Al comienzo de los años 70 era obvio que cambios políticos importantes tendrían que suceder para acomodarse a las nuevas realidades sociales creadas. En este fondo histórico debe ser entendido un fenómeno como el eurocomunismo. Este consistió esencialmente en el abandono por los PCs de la Europa del sur de las tradiciones de la III Internacional, (ya muy alteradas desde los años 20, pero todavía visibles en los años 60) y su evolución a perspectivas estratégicas semejantes a las de los partidos socialdemócratas del Norte en la época clásica, es decir, antes de la 1ª guerra mundial, cuando todavía hablaban y creían en una transición al socialismo.

El eurocomunismo

Casi todos los temas del nuevo discurso eurocomunista de los años 70 eran de hecho resurrecciones del discurso socialdemócrata tradicional sobre la vía paulatina, pacífica, constitucional al poder. No es difícil comprender porque este cambio ocurrió de esta forma.

En efecto, las sociedades capitalistas de la Europa del Sur habían alcanzado ahora los niveles de desarrollo económico y social más o menos análogos a los de la Europa del Norte, llegando en algunos casos a superar a sus vecinos, como puede verse con cualquier comparación entre digamos la Francia y la Inglaterra de hoy. Era probable por ello que estos países entrarían más pronto o más tarde en un ciclo político semejante, lanzándose a su vez a su propia experiencia socialdemócrata. Obviamente, el espacio para reformas de bienestar y redistribución fiscal era en principio muy grande en estos países. Entonces el eurocomunismo representó objetivamente una anticipación de esta nueva coyuntura y un esfuerzo sostenido por adaptarse a ella. Pero fatalmente el eurocomunismo fue desbordado, pues aunque su discurso ideológico se aproximaba a temas socialdemócratas clásicos, sus formas organizativas siguieron siendo las de un movimiento economicista burocratizado y sus lazos internacionales, pese a ser más amplios o ambiguos, que en el pasado, los ligaban a las sociedades postrevolucionarias del Este.

El resultado fue que el eurocomunismo en su conjunto, simplemente preparó el camino para el ascenso del "eurosocialismo", es decir, el crecimiento súbito de los partidos de la IIª Internacional, desde posiciones muy modestas o marginales a posiciones centrales en el escenario político, a costa de los propios PCs. Este ha sido el patrón típico aquí en España, donde el PSOE a pesar de su contribución mínima a la resistencia contra Franco, eclipsó rápidamente en el terreno electoral al PCE. También en Francia, donde el PS resucitado pronto sumergió al PCF. Y aún más recientemente en Italia, donde el PSI está ganando rápidamente terreno institucional, si bien en un grado mucho más limitado, mientras el PCI se estanca o retrocede.

La razón es obvia. Si las masas tienen que elegir entre dos partidos, cada uno de los cuales proclama una política básicamente socialdemócrata, probablemente van a optar por la versión más coherente, es decir, aquella basada en un modelo de organización socialdemócrata y que ha sacado más claramente las lecciones de la experiencia histórica de la socialdemocracia. Así la correspondencia que podemos establecer entre las posiciones de los partidos eurocomunistas de la Europa del Sur con las de los partidos socialdemócratas de la Europa del Norte de antes de 1914, puede establecerse también entre la postura actual de los PS del Sur con la de sus homólogos del Norte hacia el final de la misma parábola histórica.

Por supuesto, esto se aplica desde el principio al PS italiano de Bettino Craxi, que tiene una formación cándidamente pro-capitalista, cantor de las alabanzas del mercado, o al PS portugués de Mario Soares. Pero lamentablemente, se aplica también cada día más al PSOE, portavoz de la integración española en la OTAN y al PS francés, administrador de la política de armamentos y austeridad bajo Mitterrand. Aún no puede aplicarse este modelo al PASOC griego, donde sectores importantes, aunque minoritarios tienen una visión cercana a las perspectivas originarias de una transición más allá del capitalismo, lo que da a este partido un carácter más híbrido.

La dinámica de la socialdemocracia del Sur

En todo caso, parece claro que la Europa del Sur está ahora experimentando su propio ciclo retrasado de ad-

ministración reformista por partidos obreros.

Pero ninguna experiencia histórica es jamás exactamente una copia de otra y podemos estar seguros de que un ciclo socialdemócrata en la Europa del Sur, es decir en una región con un pasado y un conjunto de tradiciones muy diferentes a los del Norte, no será idéntico a sus predecesores. Sin embargo, queda completamente incierto si el ciclo del Sur, cronológicamente más tardío, se mostrará políticamente más o menos avanzado. Sería prematuro hacer cualquiera predicción fiable en este aspecto. Lo que podemos hacer es señalar algunos contrastes claves entre las dos zonas, a partir de conjuntos significativos de las experiencias del Sur, ahora en despliegue.

El primero de estos contrastes se encuentra en la naturaleza de las burguesías locales. En los países de la Europa del Sur, el Capital se acostumbró durante una larga época a dominar por medios represivos y monopolíticos: el fascismo, la dictadura militar o la prepotencia "de facto" de un sólo partido, han sido sus instrumentos característicos de poder político. Por consiguiente, su sensibilidad y sus instintos son mucho más agresivamente reaccionarios, sin mediaciones ni disfraces. En general, en los países de la Europa del Sur, aún después de la democratización de los años 70, es normal que las organizaciones de derechas conserven aspectos fascistas y que exista una mayor presión del aparato militar. Por otro lado, a causa precisamente de su larga habituación a formas relativamente rudimentarias de coacción o clientelismo, esta derecha es comparativamente inexperta en el terreno de la competencia electoral normal y la producción hegemónica del consenso, y no posee la inteligencia y sofisticación de clase de las burguesías más antiguas del Norte, ejemplos típicos de virtuosismo en el arte de domesticar, neutralizar y cooptar a la oposición popular.

Es probable que este contraste pueda tener consecuencias importantes en las sociedades del Sur desde el momento en que la derecha comienza a reagruparse, como está haciendo de un modo evidente, por ejemplo, en Francia.

Una segunda diferencia entre las dos zonas se encuentra en el carácter de la izquierda en cada una de ellas. A pesar de todo el conformismo actual de los partidos eurosocialistas, y de los intentos de imitarlos de los partidos eurocomunistas, permanece el hecho histórico de que las tradiciones populares de luchas de clases y nacionales en el Sur han arrastrado en sus rebeliones muchos más militantes, mucho más radicales contra la explotación y la opresión que en el Norte. Después de todo, estos han sido los paíse que han conocido resistencias armadas de masas contra el nazismo en Francia, Italia y Grecia, dirigidas en cada caso por el PC local y han conocido también las luchas heróicas de las guerras civiles en España y Grecia, las revueltas de mayo del 68 en Francia, la tempestad de la revolución de abril en Portugal. Nada comparable a esta cadena de acontecimientos vive en la memoria de los obreros de Inglaterra, Alemania o Escandinavia.

Existe así en el Sur una tradición política e ideológica, aún relativamente fresca de verdaderos enfrentamientos de clase con el orden burgués en las calles y en las montañas. A su vez, esto da potencialmente una tonalidad mucho más aguda a los conflictos entre el Trabajo y el Capital



en esta zona. Por otro lado, como una compensación simétrica de esta herencia más ardiente, hay que considerar el hecho innegable de que la autoorganización fundamental de las clases trabajadoras es estructuralmente mucho más débil en el Sur que en el Norte.

Los nuevos partidos socialistas son esencialmente aparatos electorales sin ninguna práctica real de militancia, abrumadoramente dominados en sus niveles parlamentarios por abogados, profesores, economistas, técnicos,..., en resúmen, por una capa de profesionales en ascenso social, sin raíces profundas en la vida obrera, y lo que es más importante, operan en condiciones de impresionante debilidad de los movimientos sindicales, respecto a la situación del Norte. Aún en Francia o en Italia, la tasa de sindicación es mucho más baja que en Inglaterra u Holanda, por no hablar de Suecia o Austria. La fuerza industrial efectiva de la clase obrera organizada de la Europa del Sur no se puede comparar hoy con la de los grandes movimientos de trabajadores de la Europa del Norte en su apogeo. Estos contrastes definen las diferencias de naturaleza de los dos principales campos de la lucha de clases en el Sur. Pero hay también un contraste profundo en cuanto a las condiciones en que esta lucha tiene que lanzarse.

Las experiencias de la socialdemocracia del Norte se desarrollaron en condiciones constitucionales estables y con unas tradiciones en las que la democracia burguesa era fruto de una larga evolución del capitalismo. La socialdemocracia, dentro del marco de las relaciones capitalistas de producción, heredó instituciones liberales y las utilizó tranquilamente para fines sociales y económicos de bienestar moderado. En el Sur, por el contrario, el nuevo ciclo socialdemócrata encontró estructuras de Estado alejadas de una democratización plena, según los criterios ortodoxos: legislación semirrepresiva, procedimientos discriminatorios, normas jurídicas autoritarias, un aparato burocrático policíaco-militar no depurado de un modo flagrante,...

Existe pues lo que podríamos llamar una reserva de reivindicaciones que da una cierta ventaja táctica, por lo menos a corto plazo a los gobiernos de la nueva socialdemocracia, que puede capitalizar ahora la realización de reformas cívicas en el terreno de las libertades sindicales, familiares, legales, culturales,..., que en el Norte, existen desde hace largo tiempo y han sido consideradas por la población como parte integral del vigente orden capitalista.

Es decir, la socialdemocracia en la Europa del Sur ha obtenido unas ciertas posibilidades inmediatas por el espacio objetivo creado por las carencias de las direcciones burguesas democráticas de sus países.

Pero por otro lado, y esta será la última antinomia que planteemos, esta socialdemocracia se está también comprometiendo en tareas de gobierno en una época de profunda crisis económica mundial, en la cual el espacio objetivo para verdaderas reformas de bienestar de tipo clásico han virtualmente desaparecido.

En este aspecto, el contraste entre los años 80 y los años 40, 50 y 60 es total. Además estos son países cuyas posiciones en el mercado mundial son mucho más débiles que las que gozaban en sus días dorados Alemania o Suecia.

Por lo tanto las perspectivas de éxito en la construcción de estados de bienestar son mucho menores en estos países, más aún teniendo en cuenta que la recesión de la economía capitalista internacional se extiende y se agudiza. No es un accidente que haya en España los niveles de desempleo más altos de toda la Europa occidental. Y dada la primacía inevitable de las determinaciones económicas en cualquier experiencia reformista, es difícil imaginarse que la parábola socialdemócrata vaya a terminar mejor, es decir más cercana a una verdadera transición más allá del capitalismo, en la Europa del Sur que lo hizo en la Europa del Norte.

Sin embargo, las coordenadas que han enumerado no son fatalidades. Podemos ver esto muy claramente si miramos a una dimensión final de las experiencias actuales en la Europa del Sur: es decir, su contexto diplomático, militar y político internacional.

Ningún cambio fundamental de tipo reformista fue jamás realizado por la socialdemocracia del Norte dentro del marco directo de la 1ª guerra fría. Una vez que ésta se consolidó después de 1948, las reformas se detuvieron abruptamente por ejemplo en mi país, Inglaterra.

Hoy el régimen de Reagan está montando una nueva guerra fría, una política de contrarrevolución global, concertada y brutal, y de escalada deliberada de tensión nuclear. ¿Cuáles han sido las posturas de los gobiernos del Sur frente a la ofensiva norteamericana?. Aquí podemos notar contrastes muy fuertes.

El gobierno de Mitterrand, controlando la economía y el Estado más rico y poderoso de lejos de la zona Sur, con las mayores posibilidades objetivas de resistencia al imperialismo norteamericano, se ha mostrado como el más servil aliado de los EEUU en Europa, incrementando su propio arsenal nuclear, construyendo una fuerza de intervención rápida para el 3er

mundo, enviando sus paracaidistas para operaciones neocoloniales al Chad, etc. Por el contrario, el gobierno griego ha adoptado iniciativas pacíficas destinadas a detener la carrera de armamentos, en pro de una zona no nuclear en los Balcanes y, al menos, proyectos para terminar con las bases americanas en la propia Grecia.

Que esta socialdemocracia, en un país mucho más pobre y pequeño que Francia, haya mostrado una más genuina independencia de Washington y de los supuestos imperativos de la Alianza Atlántica demuestra que aún dentro de los límites de lo que he llamado la parábola socialdemócrata existe una gama de opciones históricas con importancia política.

España en estos días se encuentra en una encrucijada de éstas. Aunque el gobierno del PSOE se desplaza cada día más a la derecha y se consolida al mismo tiempo en el poder, no hay ningún destino inexorable que dicte la permanencia de España en la OTAN. El pueblo español puede rechazarlo y dar un ejemplo moral y político decisivo a todos nosotros europeos, que quedamos cautivos de la maquinaria militarista atlántica construída hace 40 años.□



LOS RECUERDOS DE ELIAS EREMBURG SOBRE LA GUERRA DE ESPAÑA

Juan Andrade

Este artículo forma parte del libro "Notas sobre la guerra civil. Actuación del POUM", publicado por Ediciones Libertarias. En el libro no figura la fecha de su publicación en "La Batalla', pero puede calcularse que fue hacia la mitad de los años 60. El libro que comenta Andrade forma parte de la autobiografía de Eremburg, publicada con el título "Gente, años, vida" por editorial Planeta. COMBATE nº 416 publicó una reseña crítica de J. Gutiérrez Alvarez sobre este libro.

Al comenzar la revolución española, los rusos destacaron a nuestro país a tres de los principales espadas del periodismo soviético: Miguel Koltsov por la *Pravda,* la Mirova por la agencia Tass y Elías Eremburg por *Isvestia.* Según declara éste, aunque refiriéndose solamente a la Mirova, su misión era "dar cuenta de la situación política internacional, describir las luchas intestinas de la coalición antifascista y los manejos de los anarquistas y de los miembros del POUM". En realidad era una función común a los tres, que después continuaron sus sucesores. Siguiendo las sugerencias políticas de Togliatti y Geroe, y los fines represivos de la GPU en España, los tres fueron los encargados de difundir todo género de infamias: "La reunión de Friburgo de poumistas y nazis", "la deserción de Andrés Nin a Burgos", "los dirigentes del POUM convictos y confesos de espionaje", "los poumistas procesados reconociendo sus culpas ante el tribunal"... es el mínimo de ejemplos. Toda la prensa comunista y "progresista" del mundo se inspiraba en los artículos del trío y sus calumnias eran divulgadas por la Tass.

Acaba de aparecer en francés el cuarto tomo de las Memorias de Eremburg: "La nuit tombe" (Ediciones Gallimard, París). Está dedicado en gran parte a sus recuerdos de nuestra guerra. No se trata naturalmente de la reproducción de los artículos de *Isvestia*, porque ahora resultarían demasiado comprometedores, sino de recuerdos escritos en 1965, o sea de opiniones retroactivas. Ni siquiera ha acudido al método oportunista empleado por Pietro Nenni hace unos años en su recopilación de artículos sobre la revolución española: suprimir los que ahora le comprometían, principalmente los escritos para encubrir la represión stalinista contra nosotros. Tampoco Togliatti, de haber llegado a reunir sus "recuerdos españoles", se habría permitido la licencia de reproducir los que entonces escribió "Ercoli". Y en cuanto a Kolstov, cuyo "Diario de la guerra de España" se editó tan inoportunamente como inútilmente en versión española en París, dice Eremburg en "La nuit tombe": «Kolstov tenía razón. Un historiador difícilmente podría fiarse de sus artículos e incluso de su "Diario de España" porque está marcado profundamente por la huella de su época». Pero a partir de 1938, ni Kolstov ni la Mirova volvieron a escribir más artículos sobre España: llamados a Moscú, fueron víctimas del célebre tiro en la nuca.

El autor de "Julio Jurenito" se limita ahora en sus recuerdos casi únicamente a un anecdotario de hechos que vivió o de personas que conoció o trató, principalmente de la "dolce vita" de los grandes Palace de Madrid, Valencia y Barcelona. El frente era sólo un motivo de viajes de turismo. Las consideraciones políticas son bastante escasas y muy al margen. No hay ataques contra los "trotsko-fascistas" del POUM y la palabra "poumista" sólo aparece cuatro veces contadas expresamente y sin acrimonía. Es más: una de ellas es para hacernos justicia. Refiriéndose a las circunstancias en que murió el general Lucas (el escritor húngaro Maté Zalka), comenta así: «En 1955 un escritor escribía todavía en sus memorias que la ofensiva de Huesca había fracasado a causa de la muerte del general Lucas, que fue víctima de los anarquistas y poumistas. Pero yo sabía muy bien que no había perecido por su culpa...» Los poumistas aparecen para Eremburg, en 1965, sólo como

elementos "que deseaban profundizar la revolución". Se diría incluso que parece como si desease hacer un poco de justicia, pero interpretarlo así sería no tener la menor idea del cinismo del personaje.

Comentarios brillantes, juicios agudos sobre lo secundario, retratos sicológicos a veces acertados, pero en general fundamentalmente erróneos ("José Bergamín, católico, de izquierda, alma pura, triste y serena"; presenta como una heroina a nuestra Elsa nacional, María Teresa León), ilustran ese tomo de sus memorias. Y todo ello sobre un fondo, es verdad, de gran cariño a España y a los españoles y el testimonio de que todos los "ruso-españoles" participaban del mismo sentimiento. Hay incluso ciertos rasgos de ternura y emoción: «Es difícil imaginar que en los años treinta de nuestro siglo una sola y potente oleada de fraternidad y sacrificio haya surgido de lo más profundo del pueblo. Entonces no se garantizaba la fidelidad mediante firmas, con palabras, sino con sangre. Cada uno de aquellos hombres habría podido ser el héroe de un libro extraordinario. Pero estos libros no llegaron a escribirse: estalló la guerra mundial y las peñas de Castilla y Aragón, ya salpicadas, fueron lavadas por olas de sangre».

Sin embargo, el interés mayor del libro es que en 1965, al escribir sobre 1938, "Paul Jocelyn" (era el seudónimo con que Eremburg escribía principalmente en *Pravda* cuando no quería comprometerse demasiado en sus amasijos de calumnias contra el POUM), desplaza la cuestión de la guerra de España hacia los crímenes de Stalin en Rusia y la desaparición de casi todos los "ruso-españoles": embajadores, cónsules, generales, aviadores, militares de menor graduación, periodistas, delegados de la Internacional que habían cumplido misiones en nuestro país.

Llamado también a Moscú en diciembre de 1937, Eremburg se encuentra con una terrible atmósfera de terror, y que sabe describir bien. Llegado en su primera visita a su medio familiar se halla ante un ambiente de terror: se teme hasta hablar y al aludir a amigos y conocidos, sobre todo a los "españoles" regresados, se limitan a responder con un gesto expresivo de desgracia. Visita a continuación la redacción de *Isvestia:* muchos redactores nuevos, el mismo silencio cómplice, el mismo temor a hablar. Pasa después a ver a Kolstov en su lujoso despacho de *Pravda* que ya ocuparía muy poco tiempo: el mismo mutismo, la misma desesperación. Al final de la entrevista, Kolstov le conduce al cuarto de baño (el temor al micrófono), para contarle un chiste: dos moscovitas se encuentran en la calle. Uno de ellos pregunta "¿Conoces la noticia?, han cogido a Teruel". El otro responde "¿Y también a su mujer?". Efectivamente era un chiste, pero era también expresar gráficamente y bien la situación.



Pero Kolstov, el consecuente difamador mundial del POUM, iba a conocer en su propia carne cómo el amo premiaba sus servicios. Eremburg nos transmite su última conversación con el tirano, tal y como la ha relatado el hermano de Kolstov, el gran caricaturista soviético Efimov. Vale la pena reproducir íntegramente la escena:

«Dieciocho meses antes del desenlace, al regresar de Madrid para una breve estancia en la URSS, Kolstov presentó a Stalin y a sus próximos colaboradores un informe sobre la situación en España. Cuando Kolstov se calló, Stalin le hizo una pregunta insólita: ¿cómo hay que nombrarle a usted en español, Miguel o qué? (efectivamente Kolstov se hacía llamar Miguel Martínez en España). Kolstov se consternó más aún cuando, en el momento en que se dirigían hacia la puerta, Stalin repentinamente le preguntó: ¿Tiene usted revólver, camarada Kolstov?. Kolstov respondió afirmativamente. ¿Y no tiene usted la intención de utilizarlo para suicidarse?. Cuando Kolstov le contó a su hermano la conversación, le manifestó también que había leído en la mirada del amo su pensamiento: "Este es demasiado listo". Indudablemente para él eran preferibles los tipos Molotov. Pero la moraleja de este sucedido es que la historia ha demostrado, y éste lo confirma, que al final de cuentas el servilismo nunca es rentable.

En cuanto a Eremburg, sospechando que en la mayoría de los lectores surgirán las mismas ganas de formular una pregunta, se apresura a una escapatoria inmoral: "Un joven escritor que en 1938 tenía cinco años, me ha dicho recientemente: ¿me permite hacerle una pregunta?, ¿cómo es posible que esté usted sano y salvo?. No sé qué podía responderle yo. Si fuera creyente diría probablemente que los caminos del Señor son insondables. Al principio de este libro he dicho que viví una época en que el destino del hombre no se parecía a una partida de ajedrez, sino a una lotería".

"La nuit tombe" evidencia de manera bastante palpable que un movimiento auténticamente revolucionario no puede servirse, ni siquiera eventualmente, de la colaboración de intelectuales saltimbanquis, cínicos o escépticos, que se sitúan siempre del lado del sol que más calienta. Pero, treinta años después, las víctimas supervivientes del POUM de la represión stalinista, y que permanecemos fieles a lo que nuestro partido representó, tenemos la tranquilidad de concienca de haber luchado históricamente, con exposición constante de nuestra vida, por la honradez, por la honradez revolucionaria y por la libertad de la clase trabajadora.□